Joaquín Navarro Rodríguez.

La Dicha

COMEDIA EN PROSA

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Núñez de Balboa, 12.

1910 13

A los pies de
Eloísa Latorre.
Con respetuoso afecto
y cordial admiración
de su atto y devoto
El Autor

LA DICHA

Recuerdo de un
visitante del Sanatorio
de Sta Clara —

Cádiz - y Septiembre de

LA DICHA

COMEDIA EN PROSA

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

ORIGINAL DE

Joaquín Navarro Rodríguez.

Estrenada en el TEATRO PRINCIPAL de Cádiz el 16 de Septiembre de 1910.



CÁDIZ

TIPOGRAFÍA COMERCIAL

Ahumada y Antonio López, 6.

1910

Dedicatoria.

Homenaje de admiración profunda á la memoria del gran actor **Don Antonio Vico,** *gloria de la escena patria, y testimonio de gratitud sincera á su hijo el notable y aplaudido artista Don José.*

El Autor.

PERSONAJES

Nombres	Edad.	Actores.
ISABEL	22	*Sra. Camarero.*
LUPE, sobrina de	21	*Srta. Banquer (C.)*
LA CONDESA ROSA	40	*Sra. Ferrán.*
LA MARQUESA DE LIORNIA	45	*Sra. Garcés.*
MARÍA ANTONIA	50	*Sra. Valls.*
BALTASARA (doncella de la Condesa)	20	*Sra. C. de Vico.*
LA PARDO (actriz)	25	*Srta. Banquer (M.)*
GASPAR (campesino)	23	*Sr. Vico.*
MARIO (abogado y autor)	25	*Sr. Raga*
JUAN CARLOS (abogado),	28	*Sr. Carrascal.*
EL CONDE DON JUAN	50	*Sr. Lafuente.*
EL M. DE LIORNIA (diplom.co)	52	*Sr. Hidalgo.*
DON DIEGO (labrador rico, padre de Isabel)	65	*Sr. Lafuente.*
EL P. MARTÍN	68	*Sr. Hidalgo.*
LIAÑEZ (cronista de salones)	30	*Sr. Reinado.*
PIMIENTA (zagal del cortijo)	17	*Sr. Reinado.*
GREGORIO (criado del Conde)	24	*Sr. Ruiz.*
EL ACTOR SR. MESA	38	*Sr. Ruiz.*
UN CRIADO DE MARIO	30	*Sr. Soto.*
EL TRASPUNTE		*Sr. Pedrote.*

Época contemporánea.

El prólogo en un cortijo andaluz.—Los tres actos restantes, un año después, y en Madrid.

Las indicaciones escénicas del lado del espectador.

OBSERVACIONES

sobre el carácter y otros pormenores de los personajes.

Mario.—Galán y apuesto, pero con algo repulsivo que deje entrever la carencia de sentimientos nobles; quizás cierta nerviosidad constante ó una displicencia marcada, lo caractericen bien.

Gaspar.—Galán y gallardo dentro de su tosquedad campesina; noble en todo, con la humildad del bueno y la gallardía del honrado.

Don Diego.—Aspecto venerable; tipo de labrador.

El Cura.—Idem, idem; cabello blanco.

Pimienta.—Zagalón cuyo tipo está caracterizado por su conducta y lenguaje; simpático en medio de su tosquedad y viveza.

Juan Carlos.—Lo que es Gaspar, pero en fino; enemigo de injusticias y franco y sincero para llamar las cosas por su nombre.

El Conde.—Frívolo y confiado; una vulgaridad con frac y millones, pero de figura noble y sin nada de grotesco.

El Marqués de Liornia.—Diplomático; con una calva mayor que su insubstancialidad; *monocle* á todo pasto.

Liañez.—Chico periodista; ridículo en su elegancia afectada ó ingerida á fuerza de asistir á casas grandes donde dan de comer bien; quevedos.

Gregorio.—El criado de siempre; listo, murmurador, y á su avío; buen porte.

Isabel.—Donaire y modestia; guapa y gallarda sin afeites; morena y andaluza.

Lupe.—Rasgos delicados en lo físico, pero enérgica y digna; hermosa niña; rubia.

La Condesa.—De hermosura avasalladora; un otoño que se acerca al invierno, pero que conserva esplendideces provocativas,

La Marquesa de Liornia.—Madurita, pero con alevosía; dengosa y cayendo un poco del lado del cronista de salones; tipo elegante y distinguido.

Baltasara.—La criadita de rúbrica; pizpireta y bonita, á ser posible.

María Antonia.—Un alma de Dios; modesta en su porte, limpia y hacendosa.

La Pardo y Mesa, actores.—Con el carácter con que intervienen en la representación simulada.

quín Navarro Rodríguez
Cádiz

18-9-1913.

Sr. Don Manuel de Tolosa
Latour.

Chipiona

Mi querido y respetado
Dr. y amigo: tengo el gusto
e acompañarle un paquete
de papeles; Vd. verá su
contenido; acepte con
aridad lo que á Vd. dedi-
o con el alma entera,
y dígnese dispensarme
el favor de hacer lle-
gar á los destinatarios,
lo á ellos dedicado.

Con muchos deseos
e verle y darle un abrazo
queda su affmo amigo
y admirador
Joaquín Navarro



PRÓLOGO

La escena representa el patio de un cortijo ó casa de labor: al frente y centro, portalada amplia abierta en la cerca de mampostería; desde ella se ve el campo, y como el principio de una carretera: á la derecha, arrancando desde el primer término de la escena, emparrado frondoso que hace sombra al trozo de caserío habitado por DON DIEGO y su familia; de dicho caserío se ve una puerta, y una ventana con reja, y en ésta, enredadera y flores. A la izquierda, tapia con puertas y entre ellas en montones, herramientas y útiles de labranza: al fondo del mismo término, ya junto á las tapias, una carreta con paja: un pozo al lado, y colgando de su pescante un botijo de los usados en Andalucía llamados *cantimploras*. A más de estos detalles, caben todos los que el director de escena juzgue de buen efecto para la vistosidad del conjunto, dentro siempre del carácter propio del lugar y constituyendo una nota agradable de color y luz.

ESCENA PRIMERA

El P. MARTÍN (de balandrán y gorro) y DON DIEGO, sentados en sillones toscos de brazos: bajo el emparrado ambos, pero el cura más hacia fuera y un poco vuelto al espectador.

Son las siete de la tarde y aún se nota la claridad propia del mes de Agosto á dicha hora.

DIEG. ¡Conque se dió ya el paseito, ¿eh?

CURA. ¡Pero un gran paseo, Sr. Don Diego! (Enfasis candoroso y pequeña pausa.) El Señor hace la costa y da fuerzas á un pobre viejo como yo, para estas valentías; que tal nombre merece el emprender la caminata hasta el olivar de los Caños.

DIEG. ¡Anda, anda! (Dando importancia.)

CURA. Es una jornada para un mozo, ¿verdad? (Orgullo bondadoso.)

DIEG. ¡O para un santo! (Gesto y ademán del cura, quitando importancia ó rechazando el elogio.) Porque ya me figuro, que no echaría su merced por aquellos atajos sólo por el gusto de...

CURA. (Interrumpiendo.) ¡Psé! ¡Ya sabe Vd. la desgracia del infeliz Toño: fuí á visitarlo; el pobre bien necesita de consuelos; porque crea Vd., que parte el alma, Sr. D. Diego, ver aquel cuadro; cinco criaturitas que todas caben bajo un delantal, cinco pajarillos sin madre!... y aquel mocetón, como alelado por la desgracia; con brazos para ganar el pan, pero sin maña para acercarlo á las boquitas abiertas de los inocentes; ¡asi andan ellos! ¡quien los vió cuando la buena de Rosalía llenaba la casa con la alegría de su bondadoso carácter, y las disposiciones de su laboriosidad! ¡quien los vió entonces limpios y lucientes como los chorros del oro, y los ve ahora, desarrapados, ojerosos, tiraditos por los rincones!... ¡vamos! (Emocionado.) ¡Que es una ruina para los hijos que les falten sus madres! El padre, sí, no lo niego, es la fuerza, el sostén, pero, ¡ay! ¡la madre! ¡la madre suele ser todo eso y algo más; el amparo que consuela, el amor que perdona, el calor suave que hace falta para que á los chiquitines no los mate el frío del abandono!...

DIEG. ¡Es verdad! (Asentimiento melancólico.)

CURA. ¡Claro (A D. Diego.) que si todos los padres fueran como Vd!...

DIEG. ¡Vamos, Sr. Don Martín; que Vd. me favorece con un concepto tan...

CURA. ¡Pues vamos allá, mi Sr. Don Diego! que no dirá otra cosa la Isabelita, porque sería una ingrata, y además, faltaría á la justicia, que es pecado gravísimo!

DIEG. Sí, es verdad: he hecho por esa hija cuanto es imaginable dentro de las fuerzas humanas: lo que debía; á lo que estaba obligado, y más, desde la hora triste en que perdí á mi Antonia, la compañera de mi vida, cuando Isabel aún no había cumplido tres años!

CURA Y Dios que lo recompensa todo, le ha dado por hija un ángel del cielo: buena como su santa madre, que de Dios goce; hermosa, como una mañana de Abril... y lista, por añadidura! (Con énfasis candoroso que quiere ser intencionado.)

DIEG. ¡Sí que no es torpe la muchacha y ha sabido aprovechar la educación que ha recibido (Halagado en su orgullo paternal.) ¡Ah! (Suspiro reconcentrado.)

CURA ¿Qué es eso? ¿Supiritos tenemos? ¿En qué piensa Vd. padre feliz?

DIEG. ¡En lo de siempre, Don Martín, en lo de siempre; en que el pobre Toño con sus cinco hijos como polluelos muertecitos de frío, y yo con una sola hija, mujer ya, con natural despejo, honrada, y con un pasar más que mediano, estamos al principio de la jornada: peor yo, que él: á Toño le sobran juventud y bríos para defender á sus pequeñuelos y sacarlos adelante; á mi me faltan ya las fuerzas; se agota mi vida, y ahí queda esa niña expuesta á mil peligros, á mil codicias: hasta ahora, su padre ha llorado por ella; cuando yo le falte, ¡quién sabe si derramará todas las lágrimas que yo he sabido enjugarle antes que rodaran por sus mejillas! (Conmovido.)

CURA. (Conmovido también.) ¡Vamos, hombre de Dios! (Reconvención cariñosa.) ¡Vamos, que eso, y dudar de la Providencia, todo es uno!

DIEG. No haré yo tal, Sr. Cura: que bien sabe su mercé los puntos que calzo en lo de creer en Dios y confiar en su misericordia; pero hijo sin padres, pájaro sin nido. (Sentencioso.) ¡Todo depende del cazador que lo persiga!...

CURA. Y apropósito...

DIEG. (Interrumpiendo.) Ya sé, ya sé de que vá Vd. á hablarme; del noviazgo de mi hija con Mario el de la Tenería; si he de serle franco, al principio me sentí satisfecho y hasta orgulloso; hoy no pienso lo mismo; tengo un temor vago, un no se qué de desconfianza que... ¡vamos, quisiera lo imposible; y lo imposible es ya, que Isabel arranque de su corazón el cariño que ha puesto en el muchacho; debí prevenirlo á tiempo, pues parece éste ambiciosillo; y hay algo peor en su condición; que no es sincero. (Pausa.) Mario disimula su ambición, que no digo que no sea legítima, y finge hoy vivir á gusto en esta tranquilidad del pueblo, y hasta ahora se lo ha hecho creer á mi hija, aparentando limitar con gusto el horizonte de su vida al de este rincón bendito donde ella nació y nacieron sus padres: ¡pero ya se vé!, ella después de todo, es una campesina; él pica más alto.....

CURA. ¡Digo, un señorito abogado y con ínfulas de escritor de dramas y otras enormidades!...

DIEG. ¡Desengañémonos, Don Martín, cada oveja con su pareja! La experiencia me ha enseñado que de esas uniones desiguales, hay poco bueno que esperar...

CURA. ¡Y tanto!

DIEG. ¡Qué había de querer yo para mi Isabel? Un rey, un príncipe; pero me quedo con un hombre honrado por tosco y pobre que sea, con tal que lograra hacerla dichosa; pero ya se vé: los padres proponen y las muchachas disponen! (Con pena.) ¡Yo le tenía ya buscado novio!... (Sonrisa triste.)

CURA. ¡Hola, hola! ¿Me equivoco, si digo que es Gaspar, mi ahijado?

DIEG. ¡Gaspar, ese; ese otro hijo mío á quien no dí el ser, pero que ha pagado la protección que di á

su triste orfandad, con el cariño más hondo y la honradez más grande que puede nadie imaginar: ¡ese era el esposo que sabría apreciar lo que mi hija vale! (Sentencioso.)

CURA. ¡Verdad que el mozo es completo y de buena condición!

DIEG. ¿Que si lo es? ¿Ha visto su mercé mis campos? ¿Ha observado cómo cuanto en ellos crece, se levanta con la lozanía del vigor y el empuje del cuido? Pues esa es la mano de Gaspar, que atrae la bendición del Señor sobre mi hacienda, y no vive más que para el trabajo, noche y día apegado á los terruños; él lo es todo en la casa, y nada pide; se contenta con mi afecto y se satisface con mi agrado; ¡mire Vd. si será noble y humilde, que quiere á Isabel con toda su alma, porque yo lo sé, y ni una palabra ha salido de sus labios para decírselo: la vé enamorada de otro y ni una queja se le ha escapado; pero yo se que sufre; yo veo en sus ojos la tristeza del bueno que se resigna con su suerte..... Y digo yo: ¿Cómo torcer la voluntad de mi hija? Es tarde para eso y sería inútil!...

CURA. ¡Lástima de contrariedad que hará infeliz á una criatura...

DIEG. ¡O á dos, (Convicción.) porque mi Isabel... (Empieza á oscurecer gradualmente.)

ESCENA II

Dichos é ISABEL y MARIA ANTONIA

ISAB. (Desde dentro.) ¡Padre!

CURA. (A Don Diego.) ¡Silencio que aquí viene ella!

ISAB. (Saliendo con María Antonia y dirigiéndose á su padre.) ¡Padre! (Reparando en Don Martín.) Ah, buenas tardes, Sr. Cura! (Le besa la mano.)

CURA. ¡Venga con Dios la niña bonita de esta casa!

M. ANT. ¡Dios guarde á su mercé! (Acercándose por el lado contrario al en que está Isabel.)

CURA. ¡Adiós, mujer; siempre tan buena vieja! (A Maria Antonia.)

M. ANT. ¡Gracias al Señor que nos deja ir tirando de esta vida! (Recorre la escena, inspeccionándolo todo, arreglando lo que se supone que está mal colocado, y dando pruebas de su espíritu de orden y de su intransigencia con el desarreglo: todo ello con mímica apropiada.)

CURA. (Encarándose con Isabel y mirándola de arriba abajo.) ¿Sabes, chiquilla, que estás cada día más guapa? Y que estos requiebros de un pobre cura y viejo por amén, no son vana lisonja, ni grano de anís. ¡Ya se vé! Como ahora te vendes tan cara, cuando te veo, siempre te noto variación... ¡y mejora! (Importante.)

ISAB. Salgo poco de casa... (Algo turbada.)

CURA. ¡Ya, ya sé que estás muy ocupada!...

ISAB. (Sonrie y para desentenderse de las bromas del Cura, dice á su padre.) Padre, que ya es hora de quitarse de aquí; empieza el rocío de la anochecida y ya sabe Vd. que eso no le conviene.....

CURA. ¡Así, así, me gusta; las hijas cariñosas, y cuidando á sus viejecitos!

DIEG. ¡Pues vamos adentro! (Levantándose con algún trabajo.) ¿Viene Vd.? (Al Cura.) Se le preparará un refresquito, ó lo que su mercé apetezca.

CURA. No, gracias, amigo Don Diego: me quedo aquí fuera, aguardando á ese torbellino de Pimienta que ha de traerme un encargo del Sr. Maestro.

DIEG. Pues entonces, hasta mañanita, ¡y que Dios le guarde!

CURA. ¡Él vaya con Vd. Sr. D. Diego! (A Isabel que vá acompañando á su padre y se entra con él en la casa.) ¡Adiós, picarilla, que todo se sabe! (Intención cariñosa.)

ESCENA III

El P. MARTÍN, MARÍA ANTONIA y PIMIENTA.

(PIMIENTA entra por el fondo trayendo sobre la cabeza una espuerta grande con hojas verdes. En una mano un libro grande y en la otra un cesto del que asoman herramientas de labranza ó jardinería, como hoces, etc. Entra rápidamente y tropieza con MARÍA ANTONIA que en el momento pasa cerca de la puerta ocupada siempre en sus faenas de arreglo. Se acentúa la obscuridad.)

M. ANT. (Al tropezar con PIMIENTA.) ¡Anda borricote, holgazán, que tenía ganas de echarte la vista encima! (Persiguiendo á PIMIENTA como para pegarle, pero él huye cómicamente y cuando sé vé cogido hace como que deja caer el cesto de las hojas sobre MARÍA ANTONIA y esta huye: PIMIENTA, por aguantar el dicho cesto, deja caer con estrépito el de las herramientas.)

CURA. ¡Vamos, (Sonriente.) haya paz y concordia entre los príncipes cristianos!

PIM. ¡Buenas tardes Sr. Cura! (Compungido picarezcamente y saludando.)

M. ANT. Sí; cristiano y muy cristiano hay que ser, para no condenarse con las sofocaciones que me dá este indinísimo!

PIM. ¡Pero, señá María Antonia! (Resguardando la cara con el brazo por si le sacuden.)

M. ANT. ¡Quítate de aquí, tragón!

PIM. ¡No lo crea usted, pae Martín!

CURA. ¿De qué te acusan, hombre?

M. ANT. (Importantísima.) ¡Figúrese su mercé, que no hay en la despensa, almíbar en punto, ni aceitunas en sazón de aliño, que este pillo no cate, antes que el amo, y antes que todos! ¡Si quien te puso Pimienta, tuvo mucha sabiduría: ¡siempre pica, este condenao!

PIM. (Lloroso.) ¡No lo crea usté! (Al Cura.)

M. ANT. ¿Que no lo crea? ¿que no lo crea, grandísimo arrastrao? (Cogiéndolo por un brazo y llevándolo hacia el Cura.) ¿Quién se comió el chorizo grande que

quedaba en la sarta? ¿Quién acabó con las natillas que puse anoche al fresco? ¡responde! (Seco.)

PIM. ¡Qué se yo! Sería su merce... distraía.

M. ANT. ¿Yo? ¿Yo? (Amenazadora.) ¡Si no fuera por el respeto que debo al Padre....

CURA. (Conciliador.) Vamos, María Antonia.

M. ANT. ¡Si esto no se puede resistir: ¡un chorizo de más de media libra! ¡y se atreve á negarlo! ¡si te vieron!

PIM. ¡Mentira, mentira! ¡no me vió naide! ¡cuando lo cogí... estaba yo solo!

M. ANT. ¿Lo ve usté, como él mismo se pierde por su boca?

CURA. ¡Hombre, Pimienta, (Chancero aparentando seriedad.) es preciso dejar las visitas á la despensa; vamos, que te eche la absolución María Antonia, porque esos pecadillos son de su alta jurisdicción como ama de llaves; y cuando tengas apetito...

M. ANT. (Interrumpe con transición que revela bondad.) Y cuando tenga apetito, que me lo diga, señor; que nunca le ha faltado algo que echar á perder con los dientes á este grandullón hambriento!

PIM. ¡Ole, ole y bendita sea!... (Bailándole y tratando de acariciarla.)

M. ANT. ¡Quitate allá, mortificación!

PIM. Aquí tiene usted el encargo (Al Cura dándole el libro que dejó en una silla ó encima de cualquier otro sitio visible, al entrar.) y que mañana, le mandará á usté los otros libros.

CURA. Está bien, hombre, y Dios te lo pague.

M. ANT. Anda á comer, Tragaldabas; ¡si su mercé gusta! (Al Cura.)

CURA. ¡Gracias, hija; que os sirva de provecho; yo me voy también para mi choza.

M. ANT. (A Pimienta.) Pues anda tú. (Vase.)

PIM. Allá voy enseguida.

ESCENA IV

Dichos menos MARÍA ANTONIA.

CURA. (De pié.) ¡Eres un diablo, Pimienta; cuidado con quemarle la sangre (En tono de lamentación.) á María Antonia, que es más buena que el pan!

PIM. ¡Pero con mu mal genio! mi usté; cuando no tiene con quien pelearse, coge un espejo, se mira la cara, y empieza á gruñí con su retrato!

CURA. (Riendo.) ¡Qué ocurrencias tienes, hombre! (Serio.) ¡Nada, hijo mío, es preciso que eches formalidad, para que los amos te tomen ley, ¿dónde estarás como aquí? en esta casa reina la paz, y la paz trae la felicidad, que es el trabajo y la hombría de bien y conformarse con lo que Dios nos dá: aquí todos son buenos: el amo un santo, un padre para todos!...

PIM. ¡Es verdad! y la señorita Isabel un cachito é merengue, y Gaspar un hermano...

CURA. Oye, ¿quieres tú mucho á Gasparillo?

PIM. ¡Que si lo quiero! ¡Como que si él me dice que haga una barbaridá, cierro los ojos y la hago! (Entusiasmo.)

CURA. ¿Y cómo no ha venido ya esta tarde?

PIM. Pos no sé; fué á la era, y allí se habrá entretenío; como él lo dirige tó, por allá debe andá, cuidiando de que las faenas se hagan como Dios manda; ¡y que el mocito no sabe mandá; y con más respeto que impone, que tié que vé! ¡y tó el mundo lo quiere; ahí verá su mercé lo que es el mocito! (Enfasis.)

CURA. ¡Es una prenda, mi Gaspar!

PIM. ¡Pero mu desgraciao! (Importante.)

CURA. ¿Qué me cuentas hombre? (Afectando ignorancia y con interés.)

PIM. ¡Las cosas, Sr. Cura, las cosas de este requemao mundo; que siembra su mercé un arboli-

llo, y lo cuidia jasta matarse, y cuando viene el fruto ya mauro que es una gloria, llega un cualquiera, el primero que pasa... y se lo come!

CURA. ¿Sabes, que estás muy sentencioso?

PIM. Ya pué su mercé calcularse, á lo que voy y vengo!

CURA ¡Me lo figuro, hijo, me lo figuro!

PIM. Gaspá se muere por la hija del amo: y ella es una princesa de bonitura y valé: pero ¡amos, que él no se quea atrás!

CURA. Sí, pero como la niña quiere á otro... (Conformidad con un gesto.)

PIM. ¡Esa, esa es la dificurtá, que quiere á otro. ¿Y quién es ese otro? (Animación expresiva.) Un señorito que le ha trastornao la sesera, pa luego endispués dirse de aquí, y hasta la vuelta, que será el día que nazcan lirios en el pico de la sierra del Lobo!

CURA. ¡Quién sabe, hombre, quién sabe!

PIM. Misté, Pae Martín, el señorito Mario, aunque ha nacío aquí, dice que toos los de por acá semos unos brutos, y que él se ajoga en el pueblo, dende que estuvo en los Madriles úrtimamente, y de allí vino hecho un diputao...

CURA. Un abogao, querrás decir.

PIM. ¡Güeno, una mala yerba que no se cría por estos terrenos! Dende que gorvió, no se ha ocupao más que de desprenderse de tó lo que le ataba al pueblo: ha vendio ya la Tenería, er Molino y las dos casas: toa la herencia que le dejó su padre.

CURA. ¡De su buen padre, que santa gloria haya!

PIM. Y tóo por una copla; porque lo que ese quiere es jasé dinero y golverse á escape allá abajo, pa escribí en los papeles y casarse con dos ó tres duquesas con plumas!

CURA. (Riendo.) ¡Hombre, qué atrocidad! ¡En tal caso, sería con una sola!

PIM. ¡No señó! (Gravedad.) Que á mi me han cantao á la oreja, que en Madrí no es como aquí. Allí es costumbre tené dos ó tres mujeres; el otro día, se lo estaba diciendo el señorito Mario á Don Luisito el médico, ¡y no se reían ná los dó! (Ríe cómicamente y como tratando de reprimirse sin conseguirlo, aunque lo intenta por respeto al Cura.)

CURA. ¡Estás empecatao, Pimienta! (Gravedad compasiva.)

PIM. ¡No, pae Martín, que es la purísima: ahora, que eso es malo, ya lo sé yo; pero ¿que es cierto? ¡vamos, tan cierto como que yo no ha comío entoavía!

CURA. ¡Como llega el bramido del temporal (Afligido á solas consigo.) hasta la playa más tranquila! ¡Es la maldad que se desborda! (Saliendo de pronto de sus meditaciones.) Y oye, Juanillo, Gaspar ¿qué dice?

PIM. Pos de eso quería yo hablarle á su mercé; él es mu reservao, pero yo lo sé: yo sé lo que piensa; á lo mejó habla sólo, y dice, ¡mieo me dá rerecordarlo! que se vá á tirá po el barranco é la Pila, y que vá á matá á uno, y qué se yo! ¡claro! como que está perdío por la nena y además sabe la suerte que le espera á esa pobre, atontoliná como una cordera que se estravía del jato: ¡por vía del trigo vano! (Se sienten pasos fuera.)

CURA. ¡Chits, cállate!...

ESCENA V

Dichos y GASPAR que entra á buen paso, como muy sofocado y sin fijarse en las personas que hay en el patio: se dirije al cántaro de agua colgado donde se indicó y bebe con ansia: al limpiarse toscamente, se vuelve un poco y repara en el CURA y PIMIENTA.

GASP. ¡A la paz de Dios! (Ha obscurecido y empieza á notarse la claridad de la luna.)

CURA. ¡Él te guarde, hombre! (Quejoso por la actitud displicente de Gaspar.)

GASP. ¡Señor Cura! (Con respeto cariñoso.)

CURA. (Poniéndole la mano en el hombro y mirándolo cara á cara.) ¡Muy sofocado vienes!

GASP. ¡Mucha caló y muy largo el camino! (Desentendiéndose y esquivando la mirada.)

CURA. ¿Vienes de la era?

GASP. De allí vengo; se pega tanto la resolana, que abrasa la cara!

PIM. (Al Cura pero sin bajar la voz.) ¡Y pué que haya visto tamién algo que le ha achicharrao la sangre!

CURA. ¡No metas cizaña, tú! (A Pimienta.) ¡Gaspar! (Serio y cariñoso al par.)

GASP. ¿Qué manda usté?

CURA. ¡Vas á ser franco?

GASP. ¡No entiendo á su mercé! (Finge.)

CURA. ¡A tí te ocurre algo!

GASP. ¿A mí?, ¡no lo crea usté!

CURA. ¿Que no lo crea? (Serio) ¡lo que estoy es por enfadarme contigo! mira; tú... á mí... no me debes nada!...

GASP. (Con efusión.) ¿Yo, á su mercé?... ¡todo!... ¡la vida! ¡lo que soy!...

CURA. ¡No, escúchame lo que te voy á decir: tú, no me debes nada; (Mímica negativa de Gaspar y de insistencia en el Cura.) pero hijo mío, es tiempo de que yo hable á tu corazón; y para que salgas de esa actitud tan extraña y peligrosa en que te has colocado, y no dejes de tener en mí la confianza de siempre, voy á referirte una historia que quizás ignores en todos sus detalles. Hace 20 años que una tarde de Agosto tan dulce y serena como ésta que va muriendo, paseaba este pobre cura de almas por las afueras del pueblo: (Pequeña pausa.) iba yo distraído recreando la vista en el verdor y lozanía de los campos, cuando en la cuneta del camino que vá de aquí á Perales, ví á una mujer caída: creíla muerta y acudí en socorro de la infeliz que, en su previsión de madre, al caer había estrechado

contra su pecho á una criatura de pocos meses: levanté del suelo á aquella desgraciada y ví con espanto que estaba desmayada, casi muerta!...

GASP. ¡De hambre! (Voz ahogada por la emoción.)

CURA. ¡Sí, hijo mío, de hambre!

PIM. (Gimoteo reprimido.) ¡Por vía de las natillas de la señá María Antonia!

CURA. Yo entonces tenía fuerzas; y como no había otro partido que tomar, me eché á cuestas á la mujer con el niño, y con aquella bendita carga entré en el pueblo, ¡y en verdad te digo, hijo mío, que nunca me parecieron los campos tan hermosos, ni el cielo tan azul como en aquella tarde inolvidable en que llevaba sobre mis hombros tanta desgracia y tanta infelicidad! (Se seca las lágrimas.) ¡Ya se vé! en la casa de un pobre cura de aldea no hay mucho regalo que digamos; pero allí dí con mis pobres, y allí á fuerzas de cuidados volvió en sí la mujer, que en pocas palabras, entrecortadas por el llanto, me contó su historia; venía á pié desde lejanas tierras en busca de trabajo y la acompañaba su marido, ¡su pobre marido! que enfermo de miseria y privaciones cayó de muerte en el pueblo próximo; (Pequeña pausa.) y cuando la viuda agotó los recursos de la caridad, y cuando de limosna pudo enterrar al compañero de su vida y confiando en sus débiles fuerzas vino hacia acá en dolorosa peregrinación y en demanda de amparo, el hambre no la dejó llegar: yo... la amparé, ¡es cierto! pero otra alma grande, Don Diego, ese santo que es de los pocos hombres que merecen ser ricos, se compadeció de tanta desventura, y un día me dijo: Pae Martín; hay que completar la obra de usted: Gaspara y su hijo, á mi casa; mi hija huérfana, tendrá un hermano en ese niño huérfano también; y

acá vinísteis; (Señalando la casa.) tu madre, que era aquella mujer que yo encontré desfallecida en el camino, murió á poco: tú eras aquel niño: pero cuando el Señor llamó á su seno á aquella víctima de la desgracia, el niño pudo con sus sonrosadas manitas cerrar los ojos de la agonizante, aquellos ojos que revelaban la bondad del martir resignado y la tranquilidad gozosa de quien sabe que al hijo de sus entrañas le quedan otros padres que miren por él! (Emoción.) ¡Dime ahora (Transición á juicio del actor.) si tengo derecho á que me confíes tus penas: díme si es justo que el huérfano que aquí encontró tantos que lo quisieran ¡y que lo quieren! (Enfasis.) debe devolver ingratitudes por cariño, y lágrimas por besos!

GASP. ¡Señor Cura! (Confundido por la emoción.)

CURA. ¡Lo sé todo! quieres á Isabel, y porque ella ha puesto sus ojos en otro, tú, desesperado piensas ¡qué se yo! me dá frío hasta decirlo! piensas en en la muerte! (Grave y desconsolado.)

GASP. (Rindiéndose.) Pues bien, ¡sí! he pensao mil locuras; vivo hace tiempo, si esto se llama viví, en guerra conmigo mismo, y con tó lo que me rodea; (Signos de asentimiento triste del Cura.) esta tarde cuando atravesaba las tierras ya *segás,* esas tierras que tanto quiero porque las he regao con el sudó de mi frente, y que han sío hasta ahora mi gozo y mi orgullo, ¡mi casa! porque no hay en ellas piedrecilla que no me conozca, ni mata que cuando paso por su vera no se doble junto á mi cuerpo, como para acariciarme, pos esas tierras me parecían de fuego que me abrasaba los pies cuando andaba por ellas: ¡y las maldije! ¡y lo maldije tóo! mi suerte, es decí, mi desgracia. (Desesperado.)

CURA. ¡Cálmate, Gaspar; cálmate por Dios, que para eso eres un hombre!

GASP. Sí; tiene usted razón! ¿á qué y contra quién esta furia? (Reaccionando.)

PIM. ¡Y es lo que yo digo! el mundo da muchas güertas, y los señoritos abogaos que llaman bestias á los de su pueblo, esos, entoavía mas güertas que otros! (Decidido.)

CURA. Después de todo, ¿qué ocurre hoy aquí de nuevo? ¿que el novio de Isabel se marcha?

PIM. Eso es tamién lo que yo digo: que se vá, y éste (Por Gaspar.) debía alegrarse: ¡pos si yo que tú, lo acompañaba, y cuando ya estuviese metío en el vagón del ferro-carrí, le daba una pechá (Mímica.) al tren y le decía: ¡arre pa allá, y allá allá vá eso! ¡amos! (Decidido.) que debía de está más contento que la señá Mari Antonia cuando no echa de menos ná en la despensa!

GASP. Pues no me alegro de que ese... hombre, se vaya! yo no sé si esto que á mí me pasa es sobra de cariño ó falta... de pundonor: yo debía alegrarme, es cierto; pero no puedo, aunque me lo propongo ¡sé la pena que á Isabel le cuesta la separación ¡y esto me aflige más!

PIM. ¡Toma! pero es por celos! ¡mia qué gracia! ¡apenas si escuece ver llorando por otro á la mujé que uno quiere!

CURA. ¡Tiene razón este chiquillo!

PIM. ¡Digo! (Satisfecho.) Por eso mismo reñí yo con Saluita: porque la ví con los ojos como dos camuesas encarnás el día que le tocó la quinta á su primo Esteban; y le dije, digo: ¿tú no oyes? ¡tú no lloras por naide más que por mí, asin reviente toa tu parentela alta y baja! y puso otro puchero... ¡y me fuí por no darle un puñetazo en los morros! ¡hay que tené correa! (Grave.)

CURA. Sí, hijo mío; ánimo! por tí mismo, por lo que que debes al padre de esa niña; ¡por lo que todos te queremos (Conmovido.) ingrato! ¡Animo... y esperanza!

GASP. ¡Esperanza? (Extrañeza y desaliento.)

CURA. Sí, Gaspar: el mañana de Isabel es muy obscuro; ¡quién sabe, si serás tú el llamado un día á consolarla, y más tarde á hacerla feliz!

GASP. ¡O á defenderla! (Reconcentrado.)

CURA. ¡Quién sabe!

GASP. (Efusión.) ¡Qué bueno es usted, padre Martín!

PIM. ¿Que si es bueno? ¡Como que si fuera un poco más... ¡ya no servía! (Mohín de importancia.)

CURA. ¡Anda, buena pieza! (A Pimienta.) (A Gaspar.) Conque lo dicho (Cariñoso.) ¡á no olvidar la historia de aquella tarde de Agosto, (Transición.) y quedaos con Dios que á poco más me tienen aquí de huésped esta noche!

PIM. ¿Quié usté que lo acompañe?

CURA. ¡Tonto! ¿para qué? ¿no me salgan ladrones al camino para robarme mis tesoros? ¡Pues si con esta luna tan clara, cuanto trasponga el cerrillo de la Corta ya veo mi casa!

PIM. ¡Pos como su mercé quiera, que ya sabe que es con voluntá!

CURA. ¡Ya lo sé, hombre, ya lo sé!

GASP.
PIM. } ¡Pos buenas noches! (Le besan la mano.)

CURA. El Señor os las dé buenas, y hasta mañanita. (Se vá y lo acompañan un poco hacia fuera, viéndolo ir desde la puerta.)

ESCENA VI

GASPAR y PIMIENTA, luego ISABEL.

PIM. (A Gaspar que se ha sentado meditabundo y triste sobre unos sacos llenos de paja.) ¡Oye tú: ¿te vas á quedá ahí pa simiente? ¿ó es que no piensas hoy comé? pos mia que yo estoy en ayunas por aguardarte, y María Antonia ya me ha hecho señas disimulá desde la puerta pa que entrara á...

GASP. (Interrumpe con indiferencia.) ¡Come tú, yo no tengo ganas!

PIM. ¡Ya sé yo lo que tú comería! unos suspiritos enconfitaos de la niña, ó...

GASP. ¡Déjame en paz, Juanillo!

PIM. Ya te dejo, hombre, ya te dejo; que vas á tené la curpa de que tamién á mí me pase una desgracia mu grande: por tu causa voy á perdé la caló del estómago! (Al irse para adentro de la casa vé salir de ella á Isabel, y mientras que recoge el cesto que trajo con las herramientas, canturrea una *soleá campera,* oyéndose claros los dos últimos versos que dicen:

«que puse yo mi queré
en quien no lo merecía.» (Vase.)

ESCENA VII

ISABEL y GASPAR

ISAB. (Al salir de la casa se vá á la portalada sin reparar en Gaspar que la sigue ansiosamente con la vista: la luna ilumina el centro de la escena proyectando también la claridad hacia el fondo exterior, donde se descubre la carretera que se va perdiendo á lo lejos: se asoma Isabel á la portalada, y viene hacia adentro y repara en Gaspar.) ¿Estabas ahí, Gaspar? ¿Qué haces tan solo? (Naturalidad cariñosa.)

GASP. Ya lo ves, al fresco; hoy ha hecho mucha caló por allá abajo.

ISAB. Y, ¿cómo van las faenas?

GASP. Bien, (Seco.) casi terminás. (Idem.)

ISAB. ¡Oye (Alegre.) me alegro verte: tengo que darte una noticia; pero nenito, ¡por Dios, no me descubras! (Gaspar se incorpora sobresaltado.) (Ella con misterio infantil.) Anoche, cuando fuí á darle á padre el beso de despedida, (Emoción.) que no le falta nunca, me hizo que me sentara á su lado, ¿y sabes una cosa? ¡que me habló de tí! (Importancia ingénua.)

GASP. ¿De mi, Isabelilla, de mí? (Inquieto.)

ISAB. Sí, hombre, sí; no te asustes (Broma.) ¡figúrate tú lo que me diría! ¡Como que te quiere casi tanto como á mí; tú eres, su hijo Gaspar: él lo dice,y tú eres... (Bondadosa.) también lo sabes de sobra, ¡mi hermano!

GASP. ¡Ya, ya lo sé! (Con pena mal disimulada.)

ISAB. Pues verás: pero cuidado con descubrirme; me dijo padre, que la sementera ogaño había sido una bendición: que en los graneros no ha de caberle tanto trigo como se ha recogido, y que la mitad de lo que se logre con la venta, óyelo bien, la mitad, era para tí! (Mohín.)

GASP. ¿Pa mí? Y yo, ¿pa qué quiero nada? (Brusco.)

ISAB. Cállate, hombre, cállate; que esta noche estás como si te pincharan con alfileres: me dijo luego, y parece que lo estoy oyendo: «ese chiquillo necesita ir apañando su hacienda para el día de mañana, que como es natural, querrá casarse...

GASP. (Brusquedad acentuada.) ¡No, no! ¡eso no!

ISAB. (Asustada y resentida.) Oye, ¿pero qué te pasa? ¡Si es que te disgusto!...

GASP. (Cariñoso y con pesar.) ¡No nenita, no: sigue: es que estoy mu sofocao; la resolana (Se limpia las lágrimas con disimulo.) que se me ha metío en la cabeza ¡y tengo un hervó!...

ISAB. Después de todo, ¿qué de particular tiene lo que padre dice?

GASP. No, ¡si yo se lo agradezco con toa mi alma!

ISAB. ¡Pues es claro! Lo que él dice, y yo también: Gaspar si no tiene ya novia, habrá echado un ojito á las muchachas del pueblo ó del contorno, y ya se habrá fijado en alguna. Vamos á ver, la verdad, ¿tienes ya... novia? (Graciosa y picarezca.)

GASP. ¡Isabel! (Demostrando sufrimiento y el trabajo que le cuesta dominarse.)

ISAB. ¡Hombre! ¿qué tendría de extraño? Pues te advierto (Seriedad bondadosa.) una cosa: que ha de ser de mi gusto; porque si no, ¡no te damos el permiso, ni padre, ni María Antonia, ni yo!

GASP. ¡Isabel!

ISAB. Pero chiquillo: ¡pues no parece que te afiiges por lo que te estoy diciendo? ¡cosa más rara!

GASP. ¡Nenita! (Emoción reprimida.)

ISAB. ¿Qué? (Curiosidad naturalísima.)

GASP. ¡Nada! (Desistiendo de hablar.)

ISAB. ¡Vaya! tú tienes algo que decirme: ¡como yo te he dado una buena noticia, tú quieres pagármela con otra buena! (Alegre.)

GASP. (Grave y emocionado.) No sé si es buena ó mala pa tí: pero... si no te la digo, me muero; Isabel, créelo que este pecho mío (Mímica.) tan recio pa el trabajo, me parece que no puede guardar ya lo que dentro lleva hace mucho tiempo, y vá á estallá, en pedazos!

ISAB. ¡Gaspar! (Adivinando algo.)

GASP. (Amoroso é irresoluto.) ¿Me perdonas si te ofendo? ¿Me perdonas?

ISAB. ¡Gaspar! no acabo de... ¡es decir! (Vivo.) no puedo creer lo que ahora voy figurándome...

GASP. Pues óyelo, Isabel: ¡oye que te quiero (Pasión.) más que á mi vida: que eres pa mí, como el agua pa el que se abrasa en mitá é la vega achicharrá por el sol: como el calor del abrigo, pa el que se muere de frío en la carretera sembrá de escarcha! en tí puse mi pensamiento desde que el niño hambriento, recogío de lástima y acostaito al lao de tu cuna abrió los ojos y te vió á su vera como un angelito que había de acompañarlo siempre por el mundo: tú, ¡pa mí! yo, ¡pa tí! cuando niños, hermanos; cuando hombres!...

ISAB. ¡Ay qué pena, Dios mío! (Aflicción.)

GASP. ¡No, no! si precisamente eso es la que yo quiero

evitarte! (Presuroso.) na de forzá tu voluntá, (Pena.) que yo sé que se escapa hacia otro lao, como la piedra que arrastra el remolino de la corriente! ¡lo sé too! yo no quiero más que decirte una cosa; y pa eso te tenía que contá mi secreto: ¡mi cariño no cambia! está aquí, (Mímica.) aquí agarrao, con raices muy hondas; porque te quiero... desde que vivo! (Sentencioso.) ¡Pero si ese hombre á quien tanto quieres!...

ISAB. (Interrumpe.) ¡No sigas! Gaspar, no sigas; ¡ahora sí que me hacen daño tus palabras!

GASP. (Reconcentrado.) ¿Te hacen daño, por que dudo de la firmeza y de la verdá de otro querer? (Resignado.) ¡pues no sigo! ¡pero escucha (Grave.) na más que esto: yo siempre el mismo: pa quererte; ¡pa sufri callao! ¡pa defenderte si te martirizan! ¡pa ampararte si te abandonan! (Pasión exaltada.)

ISAB. ¡Tú, sueñas, Gaspar, tú!... ¡ah! (Sintiendo pasos fuera y corre á la puerta.)

GASP. ¡La piedra (Melancolía.) que rueda pa el hoyo! (Se vá, entrando en un departamento del lado opuesto al del caserío.)

ESCENA VIII

ISABEL y MARIO. Este en traje de camino, y con sombrero de ala ancha de corte fino.

ISAB. (Encontrándose con Mario en la portalada del fondo.) ¡Mario! (Alegre.)

MAR. ¡Isabelilla!

ISAB. ¡Cuánto has tardado!

MAR. ¡Pues si esta noche es más temprano, chiquilla! (Afectando alegria.)

ISAB. ¡Bueno, pues á la reja me voy, (Ademán.) por ella hablaremos como siempre!

MAR. No, oye; (Reteniéndola por el brazo.) espera un mo-

momento; hay novedades; esta noche no vengo más que á decirte, adiós.

ISAB. ¿Qué hablas? (Sorprendida.)

MAR. Sí; (Algo turbado.) ultimados mis asuntos en el pueblo, salgo esta misma noche...

ISAB. Pero, ¿qué estás diciendo? ¿qué viaje es ese? (Aumenta el malestar.)

MAR. ¿Pues no lo sabes, (Afectando indiferencia.) lo que ya te había anunciado: no tengo tiempo que perder: en Madrid me aguardan...

ISAB. ¡A Madrid! (Desaliento.)

MAR. Vamos, no te pongas así: no debe sorprenderte mi resolución: tú ya la conocías...

ISAB. ¡Sí, pero no me dijiste que tan pronto!

MAR. ¡Ni yo mismo podía precisarlo: pero las circunstancias lo exigen; mis asuntos marchan perfectamente, y ahora es cuando conviene mi presencia allí; mis pleitos en estudio; mi drama en vísperas quizás de ser leído!... (Notando el desaliento de ella.) ¿Pero no te entusiasma la idea de que allí nos aguarda la ventura, el porvenir lleno de cuanto podemos ambicionar? Voy á la lucha y cuando venza, iras tú, para que pueda yo, satisfecho y orgulloso decir á todos, óyelo bien: saludad á la esposa del poeta! ¡suyo es el triunfo porque lo alentó! suyo el aplauso que me tributais, porque supo inspirarme la fé y el entusiasmo para conseguirlo!

ISAB. ¡Me da frío al oirte, Mario! yo no quiero esa gloria que es como las manzanas rojas que arrancan los zagales de los vallados: hermosas por fuera, ¡negras por dentro! como esas rosas tan lindas que crecen allá en lo alto del picacho de la Cruz: escondidas entre el mataje espinoso y meciéndose al borde del precipicio, ¡cuánto cuesta cojerlas! ¡qué peligro tan grande! si, ¡me dá miedo de oirte, me dá miedo!

MAR. ¡Qué chiquilla eres! y sobre todo; ¿qué me

aguarda aquí? ¿vegetar obscuramente como bestia uncida al yugo, sin más horizontes que los de este lugarón salvaje, sin más esperanzas que ver cómo el campo dá sus frutos para comerlos sentados sobre el terruño, aguardando otro año y otro, con monotonía de máquina que repite cien veces el mismo movimiento? No, Isabel; no debo sacrificarme ni sacrificarte á tí tampoco: el tiempo no corre, que vuela: antes de que te dés cuenta de esta separación, estaremos unidos para no separarnos, jamás, ¿lo oyes? ¡jamás!

ISAB. Mario, ¿me quieres mucho?

MAR. ¡Tontuela! ¿Pues no lo sabes?

ISAB. ¡No, eso no es contestar á lo que te pregunto!

MAR. ¡Pues, sí; mucho, muchísimo!

ISAB. ¿Se borrará mi recuerdo de tu memoria cuando no me veas? (Pasión.)

MAR. ¡Nunca, te lo juro!

ISAB. ¿Y volverás pronto?

MAR. ¿Quién lo duda? ¡Si mi prisa por marchar es por la dicha de volver antes!

ISAB. ¡La dicha! (Meditabunda y con pena.) La dicha es hacer felices á los que nos quieren; contentarse con lo que Dios nos dió, y si ello basta para la vida como, á los dos nos basta; ¿qué falta nos hacen riquezas, ni honores? ¡Mario, no te vayas!

MAR. ¡Imposible desistir ya...

ISAB. ¿Y sabré de tí con frecuencia?

MAR ¡Vaya! Claro que sí: y adiós, adiós, Isabel! (En marcha ya.) me aguardan para emprender el camino hasta Perales, donde tomaré el tren. (Viéndola llorar.) ¿Otra vez? ¡Vaya, lograrás enternecerme! ¡Debí suprimir esta despedida!...

ISAB. ¿Qué dices? (Enojo.) ¿hubieras sido capaz de irte, sin decirme adiós?

MAR. No, Isabel, ¡pero me apura tu aflicción! ¡Adiós, adiós, hasta pronto! (Se vá.)

ISAB. ¡Mario, hasta que Dios quiera!

MAR. (Desde la puerta y casi en el campo.) ¡Hasta el día del triunfo!

GASP. (Saliendo y avanzando un poco, pero sin que lo vea Isabel que apoyada en el marco de la portalada despide á Mario que monta á caballo y emprende la marcha.) ¡Hasta la hora del desengaño... ó de la infamia! (Amenazador.)

CUADRO.—CAE EL TELÓN.



ACTO PRIMERO

Salón principal de la casa de los Condes de X: al fondo bien visible, el jardín algo iluminado, el mobiliario lujoso y variado: *vis á vis*, marquesitas, mesitas de juego, etc.; todo ello con el desorden y abigarramiento *amañado* que caracteriza el gusto moderno *modernista;* un un reloj de mesa, á la vista; intercolumnio ó galería al fondo, delante de la que dá al jardín.

ESCENA PRIMERA

BALTASARA y GREGORIO. Ambos recorriendo toda la sala; ella con un plumerito y como ultimando detalles de arreglo: cada uno por un lado.

BALT. (Acercándose á Gregorio con misterio y precaución.) ¡Novedades! (Se separa.)

GREG. (El mismo juego y mirando al fondo.) Sí, ¿eh? pues no me sorprenden: porque esta casa desde hace un año, en punto á novedades, (Marcado.) ríete tú de un bazar de artículos de fantasía!

BALT. ¡Y buenas! (Juego.)

GREG. ¡Y gordas! (Idem.)

BALT. (Misterio.) ¡Don Mario y la sobrina de la señora!... (Mímica indicando que se entienden, juntando los dedos índices de ambas manos,)

GREG. ¡Ya estás tú fresca! (Incrédulo.)

BALT. ¡Lo que te digo!

GREG. ¡Torpe! yo creí que estabas más al tanto de lo que pasa en el mundo.

BALT. ¡Sí! (Remedo burlón.) ¡Más enterada de lo que pasa en el mundo! ¡mira el sabio Salomón! ¡como que te figuras que yo me chupo el dedo!

GREG. Pues entonces, sabrás lo que hay: ¡Don Mario viene aquí... por la Sra. Condesa! (Mira al fondo con miedo.)

BALT. ¡Mira qué noticia! ¡Pide recibo!

GREG. ¡Como tú dices ahora que es por la señorita Lupe!...

BALT. ¡Bueno, ¿y qué? ¡Ahora es por las dos, ¡y pata!

GREG. ¡Alza, pilili! oye: (Seriedad cómica.)

BALT. ¿Qué? (Natural.)

GREG. ¡Que tengas cuidado, tú!

BALT. ¿Yo? ¿Por qué?

GREG. ¡No vayas á ser el número *truá* de la *suite!* como dice Paquito Liáñez.

BALT. ¡Qué gracioso! (Amostazada.)

GREG. No, aquí el gracioso es Don Mario, que por lo visto, carga con el santo y la cera!

BALT. ¡Bueno está el belén! (Sigue el juego.)

GREG. Pues así hay que tomarlo: (Se unen, y hablan parados, y con precaución siempre.) nosotros á oir, ver... y á guardar propinas de unos y otros.

BALT. ¡Digo, ayer, (Misterio alegre.) ¡un duro!

GREG. ¡Buen golpe!

BALT. ¡Una cartita de Don Mario para Lupita! (Gran reserva.)

GREG. Oye, (Gravedad cómica.) ¡á mí no me achicas tú! anoche, ¡dos duros!

BALT. ¡Ande la moneda! (Mohín.)

GREG. Una carta de la señora, para Don Mario.

BALT. Dos y uno, tres; (Contando.) á la hucha de los ahorros, para poner la casa, nuestra casita, (Con dengue mimoso.) ¿eh?

GREG. Este es el mundo: con el *desbarato* (Subraya.) de una casa, se ponen otras!

BALT. ¡Aquí vá á pasar algo.

GREG. No te apures; mientras que el amo (Despreciativo.) siga entusiasmado con sus tapices, no ve más que muñecos por todas partes.

BALT. ¡Qué afán de adornos! (Natural.)

GREG. Sí, ¡ya tiene demasiados! (Mira al reloj.) ¡Zapateta! las nueve menos cuarto: hay que aligerar, que á las nueve es la reunión!

BALT. ¡Que me cuentes lo que veas, ¿eh? ¡chorlito! (Dándole con el plumero en la cara.)

GREG. ¡Pues ya lo creo! ¡Y que esta noche, toros y cañas! figúrate: un té en honor de Don Mario para celebrar el triunfo por su drama!

BALT. ¿Pero no se estrena el viernes?

GREG. Sí: pero hija, aquí se celebra todo por anticipado!

BALT. No, pues mira, (Ingénua.) hacen bien; porque eso que ha escrito Don Mario, ¡ay! es lindo! yo me sé de memoria la mar de versos: como que siempre que entro en el gabinete de la señora Don Mario le está leyendo, y ella repite á lo mejor: (Enfasis dramático.)

«¡Si un crimen es mi amor, criminal soy!
¡y tras sus pasos, como ciega voy!»

¡Hasta el título es bonito, *La dicha!*

GREG. Pues yo también me sé algo del drama: siempre que entro en el despacho del Sr. Conde, como esté allí don Mario, hablan de *La dicha;* indudablemente ese joven la ha traido (Subraya.) á esta casa, y no va parar hasta hacernos á todos dichosos!...

BALT. ¡Mira que está bueno aquello cuando el marido vá á matar á la mujer porque tiene un amante!...

GREG. (Interrumpe al sentir pasos por el fondo.) ¡Cállate que creo que ahí viene él!

BALT. ¿Quién, (Natural equivoco.) el amante?

GREG. No: (Natural también.) Don Mario y el señor de Liáñez!

BALT. ¡La del humo! (Aparecen en el fondo los citados, paseando despacio, y Baltasara se vá por la izquierda.)

GREG. ¡El tío de la dicha! (Vase, derecha.)

ESCENA II

MARIO y LIAÑEZ, el cronista.

LIAÑ. ¡Nada, (Cogido del brazo á Mario.) querido Rosales! se lo he dicho esta mañana á Juan Carlos, á su íntimo de usted, su gran amigo, y convenía en ello: esto, y mucho más merece la obra de usted; comprendo, que tanto elogio le resulte embarazoso, porque ya dijo el clásico, que la modestia corre parejas con el verdadero mérito: pero nosotros, (Enfasis que contrasta con la marcada displicencia de Mario.) ¡eco fiel de la opinión! ¡reflejo fidedigno de la conciencia universal que cristaliza...

MAR. ¡Apreciabilísimo Liáñez! (Impaciente: mímica apropiada en Liáñez que se queda en actitud oratoria doctrinal, con la boca abierta, el brazo en alto, y con su discurso cortado en flor.) usted exagera. (Aparte.) ¿Cómo me libraría de este zángano!...

LIAÑ. (Dejando á Mario sentado hacia la izquierda, él se pone á curiosearlo todo con impertinencia.) ¡Qué modernismo, y que *sprit* más refinado el de estos opulentísimos y hospitalarios condes!

MAR. ¡Es el momento (Aparte.) de hablar con Lupe: estoy intranquilo!...

LIAÑ. (Viniendo á Mario.) ¿Decía usted, querido autor?...

MAR. No, no digo nada: me siento un poco mal esta noche!...

LIAÑ. ¡Claro! ¡la intranquilidad natural en vísperas de una prueba de esa importancia: ¡vaya! lo dejo solo con sus pensamientos, que dijo el clásico, y vóime á buscar al señor Conde que me ha prometido enseñarme el último tapiz con

que ha enriquecido su celebérrima colección. ¡Hasta ahora! (Reverencia ceremoniosa.)

MAR. (Despidiéndolo con un movimiento de cabeza.) ¡Acabaras!

ESCENA III

MARIO y después LUPE.

MAR. (Recorriendo la estancia intranquilo.) Debió recibir mi carta; he tenido que apelar á ese medio, para hablar á solas con ella, sin la presencia de su tía, esa mujer impetuosa y avasalladora, tan apasionada en sus afectos como en sus odios: (Se sienta.) ¡Sí! (Saliendo de sus meditaciones.) ¡temible! y capaz de estorbarme en lo principal que hoy constituye mi ambición; ¡ese casamiento!... (Se sienten pasos y él se incorpora y levanta, saliendo al encuentro de Lupe, que entra primer término izquierda.)

ESCENA IV

MAR. ¡Lupe!

LUP. ¡Mario! (Agitada y temerosa de ser sorprendida.)

MAR. ¿Qué ocurre? (Intranquilo.)

LUP. ¡Cuánto deseaba verte! (Sincera.) no comprendí de tu carta más sino que deseabas hablarme sin testigos! Y he venido para decirte, que es preciso (Enérgica y digna.) que esto termine; ¿qué razón hay para ocultar nuestros amores, como se esconde una falta? ¿á qué esa reserva? ¿por qué ese afán tuyo de guardarnos, sobre todo, de mi tía?

MAR. Lupe, ¡tú exageras! no es que yo oculte lo que para mí constituye hoy mi felicidad: no; es... que mi posición no está asegurada: mi situación necesita tiempo todavía para consolidarse; me falta aún mucho, si he de llegar á lo que quiero y deseo, para que al elevarme á tus blaso-

nes nadie pueda decir que hay entre nosotros una inmensa distancia que yo intento salvar por un interés bastardo! (Afectando emoción.)

LUP. Tu delicadeza es digna de respeto, Mario; pero (Sentimiento y pasión.) me cuesta muy cara. (Transición.) No me explico tampoco, esa... persecución de mi tía; parece que se complace en estorbar hasta nuestras más triviales intimidades: diríase... (Con rubor y enojo.) ¡que nos acecha!

MAR. Amada Lupe, no te dejes llevar por tus ideas... algo extraviadas: ya conoces el carácter de la condesa: es vehemente, es... (Confidencial.) Fingile admiración afectuosa para que me abriese las puertas de su casa: ¿y sabes por qué? para llegar á tí: de otro modo me hubiera sido imposible: además, su alta posición en Madrid, sus valiosas influencias y sus relaciones me han servido de escabel para escalar las alturas que persigo: deja que llegue á la cima, y verás entonces, cómo prescindo de todo y corto de raiz una amistad que por mi parte... (Indiferencia y desprecio.)

LUP. (Interrumpe.) ¡Eres ingrato! (Reconvención.) Si en esta casa has hallado protección desinteresada; si á mi tía, confiesas que lo debes todo, ¿á qué ese rigor extraordinario y preconcebido contra los que te abrieron sus brazos y te ayudan á vencer?

MAR. (Turbado.) No, si yo... ¡no me he explicado bien!...

LUP. ¡Mario! hay algo aquí que no entiendo bien, ó que no quiero... ni puedo entender, porque es es una idea que!...

MAR. ¡Lupe! (Reconvención y miedo.)

LUP. ¡Y para que esta idea no me mortifique y termine tan violenta situación, esta noche, esta misma noche en plena reunión, has de hacer públicos...

MAR. (Brusco.) ¡Es una locura lo que intentas!

LUP. ¿Locura dijiste? Dí más bien, ¡dignidad de mujer honrada; derechos del corazón que reclama lo que es suyo á la luz del día; en voz alta, como pide el pan quien tiene derecho sagrado á la vida! (Solemne.)

ESCENA V

Dichos y el CONDE DON JUAN y el diplomático MARQUÉS DE LIORNIA. Entran despacio por el fondo y al verlos, MARIO y LUPE se sientan en el mismo término pero algo separados.

DIP. ¡Magnífica confesión en labios de una joven digna! (Al Conde.)

LUP. (Inquieta, á Mario.) ¡Oh! nos han oído!

DIP. Y digo magnífica, (Siguen por el fondo: el Marqués manejando el *monoclu*, en contínua inspección.) porque así venció la resistencia...

LUP. (Azorada.) ¡Hablan de nosotros, Virgen santa!

DIP. Resistencia inexplicable del padre... (Viniendo hacia el primer término con el conde que avanza distraído.)

LUP. ¡Respiro!

DIP. ¡Ah! (Reparando en los jóvenes.) ¡soberbio, encantador! ¡fíjese, fíjese mi señor Don Juan! *El autor* y *la niña;* fábula moral, idílica, y hasta de consecuencias! ¡Adorable Lupe! (Saludándola.) ¡Mi dueño y señor Don Mario! (Salúdanse.)

COND. ¿Pero está ahí (Yendo á Mario.) ese Sakespeare? (Saludo.) ¡Oh! qué caros se venden estos genios!

DIP. Apropósito, le vendo á usted uno! ¡un genio malo, por supuesto, ¡el de mi mujer!

LUP. ¡Qué ocurrencia! (Sonriente.)

COND. ¡No hay que llegar á la venta: nos quedaremos en el trueque: por el que usted me ofrece, le cambio el de la condesa: ¡deliciosamente insoportable!

LUP. Tío, por Dios! (Entre serio y risa.)

MAR. ¡Injuria y calumnia! (Broma.)

COND. (A Lupe.) Mira, no la defiendas! (A Mario.) No hay aquí injuria ni calumnia: yo se lo digo á la procesada... y casi conviene conmigo en que tengo razón.

DIP. (Riendo.) ¡Es originalísimo este Don Juan!

COND. (A Mario, de pronto y secamente.) ¡Y usted el causante de mi desdicha! ha venido usted á mi casa á alterar la paz conyugal!

MAR. ¡Señor Conde! (Sobresalto.)

COND. ¡Sí, y merece usted un castigo horrendo que yo sabré aplicarle!

LUP. (Inquieta y aparte.) ¿Qué dice mi tío?

COND. ¡Venga usted acá, ingratón! lo esperábamos á la hora del *lunch*, y usted con la importancia de los seres superiores que no se dignan comunicar con el vulgo, ni tomar un *sandwich* con los amigos, nos dejó plantados!...

MAR. ¡Ah! (Aparte.) ¡Pido (Al Conde.) á ustedes mil perdones! pero teníamos ensayo...

COND. ¿Ensayo? pues admiren ustedes mi perspicacia! (Todos están ya sentados.) se lo dije á Rosa al notarla nerviosísima y exaltada; ¡mujer; no es desaire, el pobre chico habrá tenido que acudir al teatro! son los días críticos! ¡y nada! no hubo quien le aplacara los nervios: pidió el coche y allá se fué, no sé donde; porque ahora uno de sus caprichos es no decirme adonde vá, cuando sale; ¡y vaya usted á contrariarla!

DIP. ¡Qué *chic!* ¡es original esa divina Condesa!

LUP. ¡Vaya! (Mirando al fondo.) ha terminado la santa murmuración; ahí viene mi tía; á ver si tienen ustedes el valor de sus convicciones, y repiten en su presencia, algo de lo que han dicho á sus espaldas!

DIP. (Mirando á la condesa que llega por el fondo derecha.) ¡A sus ebúrneas espaldas!

ESCENA VI

LA CONDESA y JUAN CARLOS, del brazo: la MARQUESA DE LIORNIA dá el suyo á LIAÑEZ el cronista de salones: todos por el fondo derecha.

DIP. ¡Et lux facta est! (Inclinándose ante las damas.)

ROS. (Entra arrogante y soberana y repara en Mario y Lupe, juntos.) ¡Juntos! (Saludo general que queda á la discreción de los actores.)

LIAÑ. (Durante el saludo y dirigiéndose á la Marquesa.) ¡Pues, sí, tendré muchisimo gusto en ello: ¡pues no faltaba más! ¡Nobleza obliga! (Tomando notas é inspeccionando las *toilletes.)* ¡corsage amaranto (Escribiendo el color que sea.) falda *plissé* (El mismo juego.) y una pequeña *ruche* de muselina verde pastel...

DIP. ¡Confidencial, amigo Liáñez. (Al dicho.)

LIAÑ. ¡Oh! (Indicando conformidad.)

DIP. ¡Como en ustedes la indiscreción no es pecado, diga usted algo en su revista del lunarito de mi...

LIAÑ. ¡Por Dios respetable Marqués! se trata de un encanto natural que después de todo!...

DIP. No, ¿qué? no es natural: ¡lo estrena esta noche! (Risa que quiere ser picarezca, á su mujer.) ¿Estás contenta, Virginia?

J. CAR. Tomando sus notas, ¿eh? (A Liañez.)

ROS. Sí: pero después nos dedica cuatro líneas: es un horror lo que hace con nosotros este Liáñez!

LIAÑ. ¡Perdón, magnánima Condesa! yo prometo la enmienda!... ya he avisado en la redacción que me reserven sitio para dar cuenta de la sin igual solemnidad de esta noche: no crean ustedes, hay que tomar esas precauciones, porque á lo mejor ocurren conflictos gravísimos; anoche, precisamente anoche, nos faltaba sitio, y estuvimos un rato dudando si dejábamos

fuera la boda de la niña de Mayar, ya saben ustedes, la que se dijo si tuvo ó no con aquel diplomático medio mulato, ó suprimiamos detalles del crimen cometido en las Ventas, ayer tarde, por infidelidad comprobada...

J. CAR. ¡Hubiera sido igual! (Indiferente.) ¡Crimen por crimen!...

LIAÑ. ¡Siempre tan cáustico!

COND. ¡O siempre justo y severo! Juan Carlos es de los míos! nada de transigencias con el error, nada de blanduras con la hipocresía! ¡las cosas como son! ¿No es verdad, autor queridísimo? (A Mario.)

ROS. Nuestro gran dramaturgo (Irónica.) no está, á lo que parece, para elucubraciones filosóficas: se halla muy preocupado por las trazas... (Lupe y Mario hablan.)

MAR. ¡No! señora Condesa: hablaba con Lupita...

ROS. ¿De qué? (Brusquedad imprudente.)

LUP. ¡De nada, tía; de la última crónica de *El Liberal.* (Ingénua.)

MAR. Sí; de la campaña (Desdeñoso.) que me atrevería á calificar de *horaciana,* cursi, emprendida por nuestros intelectuales para enaltecer la vida del campo, y abominar de la de la ciudad.

LIAÑ. ¡Oh! la vida de la urbe! el maremagnum que nos atrae! ¡el pandemonium que nos seduce!

DIP. ¿Y qué opina de *ré rústica* nuestro Sardou? (A Mario.)

MAR. ¡Por Dios, que me confunden ustedes con sus epítetos! Además, yo soy mal abogado en este pleito; mejor dicho: no puedo ser más que fiscal, y fiscal implacable!

COND. ¡Pues venga la acusación! (Espectación.)

MAR. ¿Quieren ustedes oirla? Pues empiezo con una frase vulgar y hasta cruda: ¡el campo... para los lobos!

LIAÑ. (Entusiasmado y palmoteando.) ¡Magnífico exordio!

J. CAR. ¡Tenga paciencia el auditorio (Poniéndolo en ridículo.) hasta que hable el abogado de la parte contraria!

ROS. ¡Ah! ¿Pero usted no está de acuerdo con su amigo Rosales?

DIP. ¡Bravísimo! un pugilato de ideas! un duelo á muerte entre Fray Luis de León...

J. CAR. ¡Y Don Quijote de Madrid!

MAR. El campo es la rutina; lo monótono, lo egoista; ni ideas, ni espíritu; todo es materia salvaje y bravía que se resiste á la doma de lo progresivo, y sólo obedece al brazo del gañán; no se vive, se vegeta; no hay adelanto, no hay más que crecimiento; vida sin deleite, estado primitivo, existencia sin claro obscuro; el amor, záfio ó dengoso; la bondad, interesada; el sentimiento, cursilería insoportable ó zarpada brutal; reniego del campo: he dicho.

TODOS. ¡Bravo, bien: elocuente! (Todos menos Juan Carlos y Lupe.)

LUP. ¡Voto en contra y perdóneme el orador!

ROS. ¡Cuánto idealismo con vistas al arroyuelo murmurador, ¡querida sobrina!

DIP. ¡Hola! (Por Lupe.) ¡Tenemos en el público una pastorcita de Wateau!

LUP. ¡No me declaro vencida! (Firme.)

J. CAR. Con la vénia del Presidente (Por Rosa.)

DIP. ¡Qué me agrada esto! (Alegre y á la Marquesa.) ¿Estás contenta, Virginia? (Esta habla con Liáñez que está de pié y detrás del sofá donde ella se sienta.)

MARQ. ¡Sí! (Continúa charlando con Liáñez.)

J. CAR. ¡El campo es la variedad en la armonía; armonía...

DIP. (Interrumpiendo.) ¡La de las esquilas del ganado...

J. CAR. No se permiten las interrupciones, ni aun para defender la propia causa. El campo es la verdad; en el amor, pureza; en los sentimientos, ingenuidad; en la vida, el contacto divino con

la naturaleza, madre cariñosa que nos lo dá todo, á cambio de la caricias del trabajo; para el alma, goces inefables; para el cuerpo, energía briosa que se entra á borbotones por el organismo: hay poesía en todo, en lo grande y en lo pequeño; en el cielo estrellado, y en el zumbido melancólico del insecto que arrulla nuestro sueño en las noches estivales: adoro el campo: ¡no tengo más que decir!

ROS. ¡Miren el meditabundo y tristón Juan Carlos, cómo resulta un apologista *enragé* de la «descansada vida» del poeta: ¡pues tendrá que oir su acusación contra la vida cortesana!

J. CAR. En el medio, la virtud, Condesa: ni reniego de aquella, ni entiendo que la verdad y el bien sean especial patrimonio de la corte, ni del cortijo: pero el campo, es, (Mirando á Mario.) el sitio natural de la felicidad, de la vida tranquila para los no ambiciosos, para los...

MAR. ¡Chico, no me convences: tú no conoces aquello; hay algo, entre otras muchas cosas, insoportable en la manera de ser de la vida campestre!...

LIAÑ. ¿El mal tiempo, quizás? (A Mario.)

J. CAR. ¡No! ¡los abejorros! (A Liáñez.)

MAR. ¡El amor pastoril! la impertinencia con sayas! ¡cuánto dengue en las Eloisas de refajo y corpiño! Del ámor de dos pastores nació el fastidio; este tuvo más tarde un hijo: ¡el bostezo del empalago!

MARQ. ¡Ingenioso de veras!

COND. ¡Parece (Intencionada.) que habla usted del asunto con perfecto conocimiento de causa! ¿Ha platicado usted, (Burlona.) por ventura, con alguna linda zagala bajo la copa del haya frondosa, que es de rigor en los idilios... cursis?

MAR. ¿Yo? (Desconcertado.) ¡ni pensarlo! (Reaccionando.) en el tiempo que tuve la desgracia de vivir entre

destripaterrones, ni por casualidad puse los ojos en mujer alguna: me encocora el amor que apesta á tomillo!

J. CAR. ¡No puedo oirlo con paciencia! (Se levanta malhumorado.)

MARQ. ¡Queda terminado este incidente, votando la mayoría con el enemigo del campo y de su poesía inaguantable!

COND. Decididamente, nuestro Mario está en vena de ganar batallas: y poco ha de vivir quien no lo vea.

DIP. ¡Ah! verdad, que el estreno es mañana, ¿eh? ¿cosa resuelta?

LIAÑ. Sí: mañana el día grande!...

MAR. ¡Señores; la amistad os ciega: es prematuro...

COND. ¡Quiá! de eso no hay que hablar! (A Mario y de buena fé.) usted vence: para su voluntad no hay obstáculos: es usted (Reconvención bondadosa.) ambiciosillo y... afortunado! Esta tarde conveníamos en eso Rosa y yo, y fué en lo único en que estuvimos de acuerdo: porque ésta (Por su mujer.) con sus pícaros nervios disparados, lo negaba todo, todo; el talento, la honradez: en fin; lo que nunca ha hecho: le negó un bizcocho á *Pipí*, la pobre galguita inglesa, que estuvo á punto de verter lágrimas.

J. CAR. ¡Animalito! (Luego, aparte.) ¡qué lástima de vueltas en el aire á doscientos metros de altura! (Mímica.)

DIP. ¿Y el drama es de tesis? (A Mario.)

MAR. ¡Psé! no trascendental, ni psicológica, pero en fin, hay su poquito de problema, ó al menos de afirmación.

LIAÑ. ¿Cuál es el asunto? ¡palabra que seré discreto!

DIP. ¡Venga el enunciado!

MAR Lo justo y lo merecido de la represalia y el castigo por terribles que sean, cuando voluntariamente se turba y destroza la felicidad de un ser. (Marcado.)

LUP. ¿En la esfera de la vida conyugal?

MAR. Voy más lejos: mi criterio es más amplio, más generoso: quien arranca la felicidad á otro en cualquier aspecto y orden de la existencia, merece la muerte, ó sufrir la misma pena!

LUP. ¿Y así lo plantea?

MAR. Y así lo desarrollo y lo presento.

MARQ. ¡Qué espíritu tan noble!

J. CAR. El malo al palo, ¿eh? (A Mario.)

MAR. ¡Ese es mi lema!

J. CAR. ¡Pues te van á faltar horcas, filósofo sublime!

LIAÑ. ¡La idea, no más que la idea, merece vitores!

COND. Y los tendrá, vaya! *La dicha* será un alboroto!

J. CAR. ¡A ver si en el alboroto piden algo malo para el autor! (Paseando.)

COND. ¡Hombre: es usted un agua-fiestas tremebundo! usted, el mejor amigo de Rosales, nos resulta también el profeta más fúnebre que han visto los siglos, después del inolvidable Jeremías!

ROS. ¡Mario, ríñale usted, ó por lo menos aconséjele la enmienda: porque de lo contrario lo expulsamos de nuestro seno amoroso!... (Amenaza graciosa á Juan Carlos que sonríe.)

DIP. ¡Aquí no hay más que incondicionales del autor!

LIAÑ. Pues miren ustedes, porque todos lo queremos, importa no olvidar que el éxito en el teatro es...

DIP. (Interrumpe.) ¿Tú, quoque, Brutus?

LIAÑ. ¿Eh? (Algo molesto: mímica.)

DIP. Apreciable Paquito: ¿le ha molestado el apóstrofe? (Amable.)

LIAÑ. No: en lo de Brutus, ya sé á que atenerme: lo que no me suena es el *quoque;* la verdad! (A Juan Carlos con interés.) ¿es algún calificativo mortificante?

J. CAR. ¡Cá, hombre! es un piropo romano que estuvo muy de moda en tiempos de Nerón.

LIAÑ. ¡Ah! (Satisfecho y asintiendo.)

DIP. ¿Estás contenta, Virginia?

VIRG. ¡No! (Seco, y gesto de pena del Marqués.)

LIAÑ. Y hablando de otra cosa: ¡qué tapiz el que acaba de enseñarme la condesa!

ROS. (A la Marquesa.) Regalo de Mario á Juan.

MAR. ¡Una fruslería, una pequeñez!

COND. ¡No diga usted eso, no diga usted eso, porque perdemos las amistades! ¡una verdadera joya artística?

DIP. ¿Y qué representa el dibujo?

COND. ¡Ah! un asunto profundamente sugestivo! ¡el rapto de las Sabinas! ¡Qué actitud más arrogante y viril la de los raptores!

LIAÑ. (Entrometiéndose.) ¡Y qué rostros más deliciosamente resignados los de las raptadas!

J. CAR. ¡Y qué caras de imbéciles y qué bocas abiertas la de los sabinos burlados! ¿Vienes, Mario? (Carcajada general y comentarios con animación en el grupo que justifique el que Mario y Juan Carlos puedan hablar á solas aunque en tono confidencial.) ¿Y aquella pobre? (A Mario.)

MAR. (Indiferencia marcada.) ¿Quién se acuerda de eso?

J. CAR. ¿Pero qué sabes de ella?

MAR. Nada: hace tres meses ya que resolví no leer siquiera, ni contestar sus cartas inaguantables, y creo que he dado con la solución más eficaz.

J CAR. Lo que has hecho, no tiene nombre! ¡Pobre Isabel! ¡pobre criatura! (Pena.)

MAR. ¡Mira! no me falta más que tus sermones, sobre los que tengo encima (Pasean.) y los que me aguardan: Lupe, sospecha algo!...

J. CAR. ¡Otra víctima!

MAR. ¡Y la Condesa sospecha de todos!

J. CAR. ¿Crees en mi amistad leal y sincera? (Solemne.) pues en nombre de ella te digo que merecías algo duro y cruel!

MAR. ¡Mi porvenir es antes que todo! (Vase.)

J. CAR. ¡Egoista: tu ambición te perderá! (Aproximándose al grupo general al que se ha unido Mario.)

COND. ¡Señores, una proposición!

LIAÑ. ¡Aceptada de antemano! (Decidido.)

J. CAR. ¡Este ventea (Mímica.) el camino del *bufet!*

COND. Que tomemos el té en el jardín.

LIAÑ. ¡Piramidal! Y yo mismo me adelanto á dar las órdenes conducentes al caso! (Sale precipitado por el fondo. Todos se ponen de pié y aprovechando la confusión dice la Condesa á Mario.)

ROS. ¡Tenemos que hablar! (En alta voz.) Déme usted el brazo, autor desdeñoso! (Se ilumina espléndidamente el jardín.)

(Gregorio desde respetuosa distancia con una carta en bandeja de plata.)

GREG. ¿Los señores dan permiso? (Señal de asentimiento de los Condes.) Una carta para el señor de Rosales: el criado ruega que lo dispensen; pero como el señor no ha ido hoy por su casa, la ha traido aquí por si es urgente. (La entrega á Mario.)

ROS. ¿Qué será? (Aparte.)

MAR. ¡Pido á ustedes mil perdones! (Señal de abrir y leer la carta y la lee.)

COND. Concedido. (A Mario.) (Se vá por el fondo.)

LIAÑ. (Que entra alborozado.) ¡Listo el campo de batalla! (El Márqués se vá por el fondo.)

MAR. (Estruja la carta con rabia y disimulo.) ¡Ira de Dios! lo que yo me temía: que viene á Madrid (A Juan Carlos.) á cerciorarse de por qué no le escribo. (Disimulando se dirige á la Condesa y le dá el brazo.)

GREG. Los señores están servidos.

LIAÑ. Pues como dijo nuestro Fernando VII, marchemos todos...

J. CAR. ¡Y usted el primero, por la senda de la indigestión!

LIAÑ. ¡Señor de... (Amostazado.)

VIRG. ¡Discretísimo cronista, reclamo el apoyo de su brazo! (Se apoya.)

ROS. (Que ha estado hablando nerviosamente con Mario.) ¡Necesito esa carta!

MAR. ¡Imposible!

ROS. ¡Esa es una palabra vana para mí! (Se la arrebata. Lupe que ha estado hablando con Juan Carlos pero observando á su tía.)

LUP. ¡Dios mío, cuánta vergüenza!

J. CAR. ¡Bondadosísima y bella Lupe: hay ángeles (Ofreciéndole el brazo que ella acepta.) en el cielo, (Algo aparte y mirando á Mario y á la Condesa.) y justicia en la tierra! (Todos se van hacia el fondo.)

MAR. ¡Rosa! ¿qué ha hecho usted?

COND. (Desde el fondo y destacándose bien la figura en actitud de impaciencia grotesca.) ¡Pero mujer! (A Rosa.) ¡Por todos los tapices de mi colección, que el té se enfría! (Moviendo los brazos como enojado.)

CUADRO.—TELÓN.



ACTO SEGUNDO

El estudio de Mario: mobiliario en carácter: estantes con libros: mesa ministro con papeles, etc.: sofá y dos butacas en primer término: una panoplia con armas, en sitio visible: lujo severo en el conjunto; puerta al fondo dando acceso al pasillo: puertas laterales, al interior.

ESCENA PRIMERA

JUAN CARLOS y MARIO.

J. CAR. (Sentado en una butaca, fumando y vuelto hacia Mario que escribe en la mesa.) Nada, chico: que te internaste en el famoso laberinto de Creta y de allí no te saca ni una intervención armada de las potencias; ¡porque no te hagas ilusiones! si alguna mano se tiende hacia tí, no es seguramente para conducirte á la luz: ¡es para arañarte! (Mímica.) Pero, amiguito, no puedes echar á nadie la culpa! la *debacle,* como diría el gran Liáñez, tiene también su lógica!

MAR. (Arrojando la pluma con rabia manifiesta.) ¡Me fríes la sangre con tus reflexiones!

J. CAR. (Con flema.) Muy bien: eso es lo último que puedes hacer, Mario, enojarte conmigo: (Pausa pequeña.) me llamas con urgencia, y honrándome con tu confianza, y recurriendo á mí como

en todos tus apuros, vengo, y me expones el conflicto: y porque te digo con mi ruda franqueza, que no le veo solución, dado tu criterio y tus propósitos, ¡censurables! (Marcando.) y que has atraido sobre tí los rayos de muchas tempestades, te sofocas y te indignas: bueno; pues doy por terminada mi misión; (Incorporándose.) me voy; sin enojo, pero me voy. (Se levanta.)

MAR. (Llegándose á Juan Carlos y deteniéndolo.) ¡No, no, querido Juan Carlos: no hagas caso de mis brusquedades: pero es preciso que me ayudes á salir de este atolladero!

J. CAR. (Tranquilo y vuelta á sentarse: Mario se sienta junto á él.) ¡Inútil de toda inutilidad; si fuéramos médicos, habiamos de resultar en perfecto desacuerdo respecto al plan curativo; tú emplearías los emolientes y toda la medicina que llaman espectante; el jarabe que es la golosina, y la píldora que es el medicamento por sorpresa: yo discutiría menos, y en cuanto pudiera, ¡la amputación! ¡el bisturí que salva, rajando: cuestión de criterio, ó de gusto, ó de lo que tú quieras!

MAR. ¡Es que no sé qué partido tomar!

J. CAR. ¿Que no lo sabes? (Extrañeza.) Reconstruye el edificio de tu conducta, y vé tapando con soluciones viriles y dignas las grietas que amenazan con un desplome que te hará su víctima. Mira; escúchame con calma hasta el fin. Por un capricho juvenil, por vanidad... ó quizás con algún plan más vituperable...

MAR. (Interrumpe como ofendido.) ¡Juan Carlos!

J. CAR. ¡Las cosas (Indiferente por la exclamación.) por su nombre! si te escuece la quemadura, aplícate el bálsamo de la paciencia y hallarás alivio. (Reanudando sus reflexiones á Mario.) Quizás con una idea poco... caballerosa, engañaste con promesas de amor constante á una pobre niña, roban-

do á su corazón la virginidad del sentimiento; aquella mujer te quiso y te quiere con toda su alma, con todo su entusiasmo; y ¡ríete tú de los que se burlan del amor grande y verdadero; el amor no se ha acabado refugiándose en las novelas ó en el teatro: los buenos, los honrados siguen queriendo y seguirán hasta la consumación de los siglos: lo contrario son voces que hacen correr... ¡los bolsistas del matrimonio! Te enamoraste, ¡ó lo que fuera! de Isabel: pero el hastío que asoma siempre por los resquicios del cariño cuando éste no es desinteresado, te hizo abandonarla; el último destello de tu pasión, si convenimos en dar ese nombre á un capricho de estudiantillo presuntuoso, se borró cuando el señorito lugareño, hecho ya un señor legista, dió el último adiós á sus incultos lares, desde la ventanilla del exprés que lo conducía á la suspirada Meca, ¡al gran Madrid! ¡Buena hazaña, digna de un facineroso, licenciado en leyes, y literato conspícuo: ¿te ahogabas allí? ¡es verdad! pues hijo, haber buscado aire para tus pulmones en otra parte, pero sin robar el oxígeno del alma á una desdichada inocente, buena, y digna de toda clase de respetos: no vale más que ella cualquier damisela de las que hoy forman... tu corte de amor. Isabel, por su belleza, por su honradez, hasta por su educación que la recibió muy completa, aun viviendo entre gañanes, es digna esposa de cualquier hombre de honor y de posición.

MAR. ¡No te lo niego!...

J. CAR. ¡Vaya! ¡sería el colmo! Llegaste aquí, y tu ambición se desbordó: la campesina de allá te estorbaba, porque no pensaste más que en poner cerco á un enlace ventajoso, lo cual no tiene mucho de censurable, si no fuera por los medios que has utilizado: ya ves que transijo;

Lupe, la sobrinita de la Condesa, y futura condesa ella también, te sonrió desde la altura de sus millones!...

MAR ¡Y de su hermosura!

J. CAR. No discutamos, pues yo no le niego su gran valer físico y moral, porque lo tiene; pero cuando tú la señalaste para botín de tus conquistas, no te fijaste en su nariz griega, ni en su busto de Ofelia soñadora: echaste la cuenta por los dedos, y te satisfizo el resultado de la operación: ni más ni menos: (Al ver un gesto de impaciencia.) ya queda menos de sermón, no te impacientes. Para llegar á Lupe, y termino, has tenido que saltar por el decoro...

MAR. ¡Calla por Dios, pudieran oirte!

J. CAR. ¿Quiénes, Mario? ¿Tus criados, que pueden dar detalles de esa historia de amores... de tapicería? Resúmen: (Vivo.) Isabel viene á pedirte cuentas de su amor vendido: Lupe se siente ofendida en su dignidad al verse juguete de tus maniobras, y abominando de tu conducta, reniega de la de su tía; escándalo familiar con su reata de odios y complicaciones. La Condesa, y este es el hueso más duro de roer, con el derecho que da la complicidad, y su orgullo que la hace mirar con desprecio los respetos sociales, no se resignará al saber que en la corte y en el campo, tiene quien le dispute el corazón tierno de su protegido el poeta, ¡y esa no te perdona! Triunfarás esta noche en el teatro, porque tienes de talento lo que te falta de otras cosas: pero la combinación amatoria se te deshace como una pompa de jabón, ó estallará como una bomba explosiva: ¿quieres un consejo de amigo, de hermano, porque aun conociendo tus defectos te aprecio de verdad? Renuncia á Lupe... porque ella ha renunciado ya á tí; deja á la Condesa que envenene con su

displicencia orgullosa las horas de su buen esposo, dándole sofoquines ó hartando de pastas y bizcochos á la galguita inglesa, y vuelve los ojos hacia el bien y hacia la verdad: Isabel vá á llegar: cúmplele tu promesa: esta noche, después del éxito, porque lo tendrás, dí á todos lo que á ella dijiste: repite aquellas palabras dulces con que la engañaste; ¡saludad en esta mujer, á la esposa del poeta! eso es lo que cumple á un hombre de conciencia: de lo contrario, lo que te amenaza es el escándalo y la maledicencia, si no es que te ves precisado, á nombre del honor, á cambiar una bala con ese pobre Conde, exponiéndote á una desgracia, ó á un crimen!... ¡Mario: piensa bien lo que te digo, y busca la dicha, la verdadera dicha, donde en realidad se encuentra!

MAR. ¡Tienes razón (Vacilando.) ¡pero no! no renuncio á mis planes! ¡ó hundido para siempre, ó victorioso!

J. CAR. ¡Terco!

MAR. ¡Lo seré!

CRIAD. (Desde la puerta.) Señorito: hace un rato que ahí está esa... (Disimulando.)

MAR. (Inquieto y mirando á Juan Carlos y como queriendo decirle algo.) (Al criado.) Bien, sí, voy...

J. CAR. ¡No, no me mires: tengo la virtud de la discreción y te dejo! (Dispuesto á marchar.)

MAR. ¿Te veré á la noche?

J. CAR. (De pié.) Cuenta conmigo para todo lo bueno: ni me atrevo á mezclarme activa y públicamente en tus asuntos, ni llevo mi rigor hasta abandonarte en los momentos de la pelea, cuando ésta es noble y dando el pecho. Estaré á tu lado: adiós, y por la memoria de tu buen padre, haz lo que te he aconsejado; ¡adiós! (Vase.)

MAR. ¡Adiós! (Se dirige á una puerta lateral izquierda.)

ESCENA II

LA CONDESA y MARIO.

MAR. ¡Rosa! (Yendo á su encuentro al verla salir por la puerta dicha.)

ROS. (Exaltada.) ¡Me ahogaba ahí dentro!

MAR. ¡He sentido hacerla esperar! (Confuso y con ademanes de invitarla á sentarse.)

ROS. (Nerviosísima.) No: un momento, un minuto: vengo no más que á dar á usted... gracias... y á devolverle esta carta... (Se la arroja á la cara.)

MAR. ¡Condesa! (Indignado.)

ROS. (Con acento que quiere ser irónico.) ...¡Que distraidamente he conservado en mi poder!

MAR. ¡Rosa, yo!...

ROS. No, no, no! (Rápido.) ¿A qué explicaciones enojosas y ridículas? espero, sí, (Irónica.) que no será tan ingrato que deje de invitarme á la boda con... ¡vamos! (Burla.) ¿con quién? ¿con mi sobrina Lupe, ó con la pastora del valle?

MAR. ¡Señora, no creo que tenga usted derecho!...

ROS. (Brusco.) ¡Misera!... (Cortando la frase y con ademán de acometer.) ¿derecho? ¡á todo! ¡hasta á deshacer su felicidad, su dicha! (Irónica y reconcentrada.) ¡Si es la teoría de usted! ¡la tesis del célebre drama! ¡no faltaré á escucharlo; ojo por ojo, diente por diente: cuente usted hoy con mi aplauso; (Transición.) ¡mañana, con mi odio implacable! Al menos, soy sincera, y tengo para usted la desvergüenza de la amenaza! ¡Ah! Lupe lo sabe todo! ¡Adiós, famosísimo autor!

MAR. ¡Cuánta ceguedad! ¡Rosa! (Suplicante.) (La Condesa hace un mohin despreciativo y se vá hacia la puerta y se detiene al escuchar voces dentro.)

ESCENA III

Dichos é ISABEL, de luto.

ISAB. (Dentro.) ¡Sí, lo quiero!

CRIAD. (Dentro.) ¡No puede ser! ¡no está visible!

MAR. (Conociendo la voz.) ¡Rosa; el último favor!... ¡ocúltese!...

ROS. ¡Qué despreciable es usted! ¡Si ahora empieza mi desquite!

ISAB. ¿Y á mí que me importa? (Saliendo y corriendo hacia Mario.) ¡Mario, Mario de mi alma! ¿No estabas enfermo? ¡ah! qué alegría! ¡Tanto tiempo sin saber de tí! (Todo esto, rapidísimo para justificar que no tiene tiempo de reparar en la Condesa algo separada del centro de la escena: al fin repara en ella.) Pero... ¿quién es esta mujer? (Volviendo al lado de Mario y como amparándose en él.)

MAR. ¡Una señora que... me tiene confiado un asunto judicial; no te extrañe; mi profesión me obliga á recibir á mis clientes...

ROS. (Con el velíllo del sombrero, ó de la mantilla, ocultándo el rostro.) ¡Sí, una litigante que ha perdido su pleito! adiós, hija mía! (Se dirige hacia la puerta y vuelve.) ¿Viene usted... de muy lejos?

ISAB. ¡Qué pregunta! (Sorpresa dolorosa.)

ROS. Pues celebraré que no haya perdido el viaje! (Rompe en risa burlona y sarcástica y así se vá.) ¡Adiós, dichosísimo y afortunado Don Juan!

ESCENA VI

ISABEL y MARIO.

ISAB. ¡Mario, Mario mío! ¡Díme la verdad! ¿Por qué no has contestado á mis cartas? ¡Ya ves (Con pena.) á lo que me has obligado! ¡á esta imprudencia, á esta locura, porque yo sé que

esto que he hecho no está bien! una mujer sola, joven, huir de su casa; ¡qué dirán!...

MAR. Sí, Isabel; has cometido una imprudencia gravísima!

ISAB. Yo lo comprendo todo, Mario: ¡pero Dios mío! ¿cómo se hacen estas cosas, cuando el corazón, manda hacerlas, sin que las gentes nos señalen con el dedo? (Acongojada.) ¡Quería verte! (Pasión.)

MAR. ¡Cálmate, Isabel, cálmate (Aparte.) ¡qué conflicto y en qué momento! (Ira.) Ya ves que tu Mario es siempre el mismo; dejé de escribirte... últimamente porque... porque, muchas ocupaciones, exceso de trabajo, esta vida de agitación!...

ISAB. ¿No me engañas? (Confiada.)

MAR. No, Isabel: confía en mí, pero vuelve á tu casa; es lo prudente...

ISAB. ¿Que me vaya? ¡y á mi casa! (Pena.) ¡mi casa vacía! ¡mi padre muerto! ¿y me hablas de irme?

MAR. Pero, ¿dudas de mí?

ISAB. No: no quiero dudar: pero hay algo que me mortifica y entristece: ¡esa mujer! esa mujer que estaba aquí hace un momento!...

MAR. ¿No te dije que?...

ISAB. ¡No! (Dudando.) es decir, sí! (Transición.) yo te creo: pero parece que una voz interior me dice que esa mujer no estaba aquí dignamente y en su sitio!

MAR. ¡Bah! tú estás loca!

ISAB. Luego, aquella pregunta; la burla de sus palabras, su risa...

MAR. (Interrumpe.) Isabel, si hemos de entendernos, es preciso que hablemos de lo que importa...

ISAB. Habla, que eso es lo que yo deseo. (Animada.)

MAR. Tengo ahora precisión de salir: esta noche se estrena mi drama!...

ISAB. (Alborozo.) ¿Tu drama? ¿aquel de que tanto me hablabas? ¿aquel que te daría nombre y gloria, y un triunfo que celebraríamos juntos? ¡Juntos Mario de mi vida! (Pasión.)

MAR. Sí, sí; pero ahora, márchate: mi criado te acompañará, buscándote un hospedaje decente y recatado: no vas á quedarte en mi casa, ni á recorrer las calles de Madrid como una vagabunda... y yo iré á verte mañana, (Impaciente.) y hablaremos y quedaremos en algo... (Disponiéndose á marchar y dirigiéndose á la puerta.) ¡Juan! (Llamando.)

ISAB. (Con pena.) ¡Cuánta prisa, Mario!

JUAN. (Desde la puerta.) ¿Ha llamado el señor?

MAR. Sí, mira: esta joven, es una parienta mía: acaba de llegar de su pueblo, no conoce á Madrid; vas á acompañarla á un hotel, modesto y decente donde se halle bien instalada y atendida: y mañana, tú mismo irás por ella, para acompañarla hasta aquí: ¿entiendes?

JUAN. Entendido, señor. (Asintiendo y saliendo.)

ISAB. (Ansiosa.) ¿Y te veré? ¡y hablaremos mucho, porque tenemos mucho que hablar!...

MAR. (Interés fingido.) ¿Puedes dudarlo?

ISAB. (Con pasión y apoyándose en Mario.) ¡Ay Mario de mi alma! ¡qué hermosa es la dicha cuando se cree perdida y se recobra de nuevo!

JUAN. (Saliendo pero sin avanzar mucho y como esperando.) ¡Pero que cara de engañada tiene esta pobre muchacha!

ISAB. (Haciendo un esfuerzo para separarse de Mario.) ¡Adiós, Mario, hasta mañana!

MAR. ¡Adiós, hasta mañana!...

(Salen Isabel y el Criado por el foro.)

ESCENA V

MARIO y después GASPAR.

MAR. (Irónico.) ¡Sí, hasta mañana! ¡hasta mañana! ¡bah, el mañana es mío: (Enérgico.) sólo para mí y para mis proyectos. (Pausa corta é inquietud que se resuelve en una carcajada burlona.) ¡Qué imbécil: ¡y qué pron-

to se dejó engañar! (Asomado al balcón.) Allá va, confiada en el idilio trasnochado con que sueña. (Burlón y como hablando con alguien de la calle.) Adiós, adiós, pastora del valle, como dice mi irritada Condesa! ya desapareció (Observando.) tras de la esquina: ¡gracias á Dios que no la veo (Transición brusca.) ¡Yo solo contra todos! ¡Pero no importa! ¡audacia y adelante, que la suerte me ayuda! ahora el destino arroja en mis brazos á esa tórtola, y por Dios que no es mala presa para unirla al botín ya conquistado; mañana después del triunfo la veré y... ¡pobrecilla! (Intencionado; coje el sombrero y se dispone á salir deteniéndose al sentir pasos de alguien que se acerca.)

(Aparece en la puerta del foro, Gaspar.)

MAR. (Después de breves instantes que simula haber tardado en reconocerlo, con mímica á juicio del actor.) ¡Gaspar! (Movimiento de ira.)

GASP. (Calma amenazadora é irónica.) Sí; yo soy; Gaspar, tu camarada de otros tiempos: ¿no te acuerdas? verás: yo ayudaré tu memoria con un detalle que no habrás olvidado: Gaspar, el mismo que allá en el pueblo, por obedecer al señorito Mario, (Marcado.) se subía á los árboles para coger nidos de pajarillos... á quién tú luego te entretenía en martirizar (Entrando más.) ¡casi lo mismo que hoy! de fijo (Irónico y decidido.) que no te acordabas de mí en estos momentos.

MAR. (Con rabia, como hablando solo y sin notar que lo escuchan.) ¡Pero ese imbécil de criado dejó la puerta abierta para que así entre cualquiera en mi casa!...

GASP. (Grave é indiferente.) Hubiera sido igual: cerrada ó abierta yo hubiera llegado hasta tí.

MAR. (Airado). Pero ¿qué actitud es esa y qué me quieres decir? (Mirando á la panoplia.)

GASP. (Grave.) No te asustes, que no soy ningún asesino (Irónido.) ni te prepares á serlo tú, porque sería inútil: de chicos, allá en nuestra sierra ya te

probé muchas veces que mis manos pesan un poco.

MAR. (Rabia.) ¡Maldito pueblo y maldita infancia! pero en fin, acaba: ¿qué vienes á buscar aquí?

GASP. (Tranquilo.) Por ahí debías de haber empezado: vengo por una mujer que huyó de su casa y debe estar á tu lado: vengo por ella: ¿lo entiendes? porque temo una infamia.

MAR. ¡Gaspar! (Amenazador.)

GASP. Sí; y antes que se realice vengo á evitarla, llevándomela, como sea; si es preciso, matándote!

MAR. Pero, ¿quién eres tú, ni quién te dió derecho para hablarme en ese tono? (Descompuesto y ciego.)

GASP. ¡No me hables tú con ese, porque entonces... (Reconcentrado.) entonces voy á creer que Isabel está aquí, y la sangre se agolpa á mi cabeza, y mis manos quieren escaparse de mi cuerpo para ahogarte como á un mal bicho! ¡Y me preguntas (Altivez gallarda.) que con qué derecho. ¡Con esa pregunta, acabo de conocerte! ¿Con qué derecho recoger del suelo al caido, avisar que acecha una puñalada ó sujetar el brazo del asesino? ¡Eso no es un derecho, es un deber de cualquier hombre honrado! ¡y oye! basta ya de disimulo y responde, pero pronto: ¿Isabel está en Madrid?

MAR. (Despreciativo.) No lo sé: á mí qué me importa esa mujer: hace tiempo que mi desprecio hacia ella debió de haberla convencido de que murió para mí: sábelo tú también... y déjame en paz. (Volviendo la espalda y paseando, hasta que las palabras de Gaspar le hacen volver á escucharlo.)

GASP. ¡Tu desprecio! ¡Me dá asco de oirte! ¡tú, el canalla sin corazón despreciando á una mujer honrada y buena!...

MAR. ¡Me insultas porque abusas...

GASP. (Interrumpe.) ¿De qué? ¡No! ¡es que tu mala fé te

hace cobarde! es poco Isabel para tu ambición: pero sientes por ella la codicia del vicioso sin alma que no repara en medios para saciar sus deseos!

MAR. ¡Y á tí te ciega el cariño ridículo por una mujer... que no te quiere! (Irónico.) bonito papel el tuyo persiguiendo á una muchacha que, según tú, corre á los brazos de otro hombre!

GASP. (Vivo.) Si ese hombre fuera honrado, Gaspar lloraría su pena escondido entre los breñales que lo vieron nacer: pero temiendo todo lo que hay que temer de tí...

MAR. (Ademán de indignación que quiere desmentir.)

GASP. ¡Bah! (Despreciativo y sereno.) ¡te conozco bien! ¡temiéndolo todo, vengo á salvarla; á devolverla á la cuatro paredes de su casa y á velar por ella! (Triste.) ¡que nadie me agradecerá este sacrificio! (Rabia reprimida.) ¡que tú y... quizás ella os burlaréis de Gaspar! no me importa; para esa burla tengo yo un consuelo, mi conciencia: para esos insultos, una satisfacción; ¡las bendiciones de un pobre viejo que desde allá arriba verá que si un hombre ha querido deshonrar su memoria, otro, tosco, humilde, pero agradecido, da su vida con gusto por la honra de su hija; ¡por eso, (Ufano.) por eso precisamente valgo más que tú!...

MAR. ¡Isabel no está aquí, ni yo sé donde puedas encontrarla! si vino á Madrid, búscala; si quieres, registra mi casa; pero pronto, y terminemos esta escena ridícula!

GASP. ¡No sé qué pensar de tus palabras; no las creo, porque me figuro que me engañas por miedo!...

MAR. ¡Bah! (Despreciativo.)

GASP. ¡Sí; te has amparado en el disimulo y en la traición, y contra ella nada puedo por evitarla; quizás no logre arrancar á esa pobre niña de tus garras de lobo sin conciencia; pero guar-

date de mí, ¡porque ni riquezas, ni orgullo, ni nada, han de valerte: ¡tú, quita una honra, pero te juegas la vida conmigo, y esa, ¡te la gano!

MAR. ¡Acabemos! (Desesperado.)

GASP. ¡En otra ocasión me reiría de tu coraje; hoy me agrada verte soberbio; con eso, cuando venga á arrancarte el corazón, encontraré á un hombre que no se deje escupir á la cara. ¡Que no cambies para entonces; y adiós caballero poderoso! Ríete de Gaspar, como te has burlado de una desgraciada; ríete, que en su busca voy, y si no la encuentro, ya sé el camino de tu madriguera; y... ¡recuérdalo bien; ó ella á salvo, ó tú muerto! ¡Por la memoria de mi madre!

(Vase: antes queda confiado al talento de los dos actores el empleo de cuantos detalles de mímica, etc., resulten adecuados á la situación. Telón rápido.)



ACTO TERCERO

Cuadro primero.

Salóncillo próximo al escenario, con poco mobiliario y apropiado á la índole del local: una puerta en el centro y al fondo, va al escenario: una de la derecha al *camerino* de la primera actriz LA PARDO, departamento que resulte caracterizado por algún detalle exterior como preferente, y adecuado á la importancia de dicha actriz: en el mismo lado, el cuarto del actor señor MESA. Puede á juicio del director de escena cambíarse la situación de los cítados departamentos ajustándose á la realidad que ofrece la disposición especialísima y *sui generis* de cada teatro: peio siempre ha de verse el interior bien caracterizado de un escenario y que se justifique que no lejos del cuarto de los actores puedan estar el autor y los amigos.

ESCENA PRIMERA

JUAN CARLOS, sentado: LIAÑEZ y EL MARQUÉS, de pié.

LIAÑ. (Paseando por la escena con alboroso.) ¡Oh, qué noche!

DIP. (A Juan Carlos.) ¡Vamos, estará usted satisfechísimo ¿eh? Pedir más, sería el colmo. ¡Qué ovaciones! ¡Desde los tiempos del gran Tamayo, no recuerdo éxito igual! Señores, un momento: voy á ver si Virginia está contenta! (Vase.)

LIAÑ. ¡Qué final segundo! ¡Y qué acto tercero, todo él una filigrana; ¡qué enjundia en la frase! ¡qué vigor! ¡qué pasión, ¡qué, ¡qué... ¡ay! (Llevándose

las manos al cuello porque con sus movimientos exagerados se supone que el cuello de la camisa le coge un pellizco y le molesta.) y ¡qué demonio de pasador que me tira pellizquitos de monja! (Mímica.)

J. CAR. (Grave.) Aún queda el cuadro final; y si como es de presumir el resultado corresponde á...

LIAÑ. (Interrumpe.) ¿Pues no ha de corresponder? el drama está hecho; la orientación del público está marcada hacia la apoteósis; lo que falta es un complemento, un par de escenas breves y sustanciosas de cuyo resultado no cabe dudar; nada, amigo del Río (El mismo juego del cuello.) ¡ay! ¡nuestro querido autor cuenta ya con el *regium exequatur* para entronizarse en el sólio de la dramática contemporánea! (Ademán de dolor, etc.) ¡Ay! ¡qué noche! ¡qué noche! (Arreglándose el cuello y la corbata.)

J. CAR. Lo celebro de todo corazón; las alegrías de Mario, son mías también. (Volviéndose hacia la puerta.) Pero, ¿dónde se ha metido ese bienaventurado?

COND. (Entrando.) ¿No está aquí ese predilecto de las Musas? ¡Pues, señor, yo no sé qué hacemos los simples mortales, para que los ídolos huyan de nosotros!

DIP. (Entrando.) ¡No lo he podido remediar; le he dado un abrazo que á poco más lo ahogo!

LIAÑ. (Al Marqués.) Pero, ¿á quién?

DIP. ¿A quién ha de ser? ¡A nuestro López de Ayala!

COND. Pero, ¿dónde está?

DIP. Ahora mismo lo he dejado en mi palco; entré á ver si estaba contenta Virginia, y á esto Rosales, ¡Rosales con los resplandores del genio y el nimbo de la gloria circundando su cabeza de poeta soñador de alma incomparable!

COND. ¿Y viene para acá?

DIP. Es difícil; aunque él huye, le están obligando sus íntimos á un *record* triunfal por palcos y plateas.

COND. ¡No se lo perdono! ¡No se lo perdono! ¡En todas partes, menos en mi palco! ¡Es un crimen de lesa ingratitud!

LIAÑ. Estará la respetable Condesa rebosando satisfacción ¿eh?

COND. ¡Psé! (Gesto de duda.)

DIP. En estricta justicia, la mitad del triunfo es suyo; á su decidida protección debe Rosales gran parte de su elevación!...

LIAÑ. ¡Al pináculo de (Interrumpiendo.) la inmortalidad; ¡ya lo dijo el clásico: «el que á buen árbol se arrima»...

J. CAR. (Interrumpe.) ¡Hombre eso no es clásico! ¡eso es una tontería impertinente!

LIAÑ. (Como dudando primero y luego decidido.) ¡Quizás!

COND. ¡Pues oigan lo incomprensible, lo inaudito! No he de hablar del entusiasmo de mi mujer por el drama de Rosales: hemos tenido *Dicha* hasta en la sopa; pues bien; esta noche, vamos, si las mujeres son especiales!...

LIAÑ. ¡Particularmente todas! (Chistoso.)

COND. Esta noche dice que la obra no le resulta, que no acaba de llenarle, que encuentra mucho convencionalismo; en fin, que rectifica su opinión!

J. CAR. ¡La inquietud natural dado su gran afecto por Mario; quizás el temor de que sea menor el éxito... (Tratando de desorientar.)

COND. ¿Qué inquietud? ¡si nunca la he visto tan serena y dueña de sus nervios; vamos ¡si enteramente parece que deplora el buen resultado! Por supuesto (Suplicante.) ¡Por Dios! ¡que Mario no se dé cuenta de lo más mínimo!...

TODOS. (Al ver á Mario que llega y entra.) ¡Aquí está! ¡aquí está! ¡Bravo! ¡bravo! (Demostraciones de afecto.)

ESCENA II

Dichos, MARIO, LA PARDO y MESA.

MAR. (Sentándose junto á Juan Carlos, displicente y altivo,) Cuándo estaremos solos!... (Sigue hablando con él.) (El traspunte entra y dice llamando al cuarto de La Pardo.)

TRASP. ¡Señora Pardo, que vamos á empezar; ¡Señor Mesa, á escena! (Al cuarto del dicho.)

LIAÑ. ¡Momento emocional! ¡Ay! (Juego del cuello.)

MES. (Saliendo en traje vistoso, época de Felipe IV. Todos le rodean.)

DIP. ¡Bien! ¡Incomensurable!

TODOS. (Demostraciones de elogio.)

MAR. ¡Gracias, querido Mesa! (Al dicho actor.)

MES. ¡Caballeros, me confundís con vuestros elogios; yo no soy más que un intérprete modestísimo... (Confundido.) ¡Hasta luego! (Vase.)

LIAÑ. (Viendo salir del cuarto á La Pardo muy vistosa y guapa con traje de la época citada.) ¡Pecadora ideal! (Animación general y característica que contrasta con la actitud fría y casi abatida de Mario que sigue hablando con calor á Juan Carlos.) comprendo que por usted se llegue al crimen, al olvido de todo... ¡Ay! (Cuello.)

LA PAR. ¡Jesús, qué Liáñez este! (Coquetería.)

LIAÑ. Y no concibo que haya esposo, por ofendido que resulte, que tenga corazón para matar á usted; un delito ¡ay! (Juego cuello.) de lesa hermosura! ¡No se muera usted, por Dios, divinísima Tula!

DIP. ¡El enemigo es este Liáñez! (Celebrando la ocurrencia.)

LA PAR. ¿Y ésta noche? (Con sorna.) ¿Quedará sitio? (A Liáñez.)

LIAÑ. (Interrumpe.) ¡En mi corazón siempre hay cabida para!...

LA PAR. No: si digo en el periódico, para dar cuenta del estreno y hablar... de mí. (Mimo.)

LIAÑ. ¿Cómo no? La crítica de teatros no es de mi jurisdicción, precisamente...

J. CAR. ¡Afortunadamente! (Interrumpe medio aparte.)

LIAÑ. Pero sí, habrá sitio. Esta noche suprimiremos hasta el anuncio de los brillantes Benicia. (Ademán señalando las grandes dimensiones que suele tener en los periódicos, dicho anuncio.)

TRASP. ¡Señora Pardo, á escena!

LA PAR. Con permiso. (Vase, saludando graciosamente á todos y en especial á Liañez.)

LIAÑ. (Tras ella.) ¡No se muera usted por Dios, Tula! (Volviendo al centro.) ¡Qué mujer, qué mujer! (Al volverse tropieza con el Marqués: mímica. ¡Ea, al puesto de honor! (Reparando en que todos van en marcha, entre ellos algunos señores que han engrosado el grupo á última hora y que Mario no se mueve.) ¿Pero qué? ¿falta el ánimo?

DIP. ¡Amigo Rosales lo de la Biblia; (Sentencioso.) *Qui perseveraverit usque ad finem...*

MAR. No: (Rehusando.) Me hallo algo fatigado: es un momento lo que queda, y aquí aguardo el final; ¡tantas emociones... la verdad; necesito algún reposo!...

COND. (Cariñoso.) Comprendido.

TODOS. ¡Adios! ¡Pues, hasta ahora! ¡hasta luego!

LIAÑ. (Marcado, viniendo de la puerta por donde van saliendo los demás.) ¡Hasta la apoteosis! (Aparte, en marcha y con intención, por Mario.) ¡Nubes... de tapicería! (Vase.)

ESCENA III

JUAN CARLOS y MARIO.

J. CAR. (Con interés y reserva.) ¿En definitiva, qué?

MAR. Nada: el conflicto en pié; aunque la dejé convencida...

J. CAR. (Impaciente.) Vamos, una trégua; ó para llamar las cosas por su nombre, un nuevo engaño!

MAR. ¿Pero qué hacer? ¡una ruptura brutal en aque-

llos momentos, horas antes de venir al estreno... ¡me sentí cobarde! (Gesto de mal humor y displicencia.)

J. CAR. ¡Cobarde... y egoista!

MAR. ¡Lo que tú quieras! (Indiferente.)

J. CAR. Pues mira; por última vez; has aplazado el trueno, pero no te libras del rayo: has evitado que Isabel te aguara la fiesta, pero cuenta con que mañana te buscará para exigirte lo que de nuevo le has prometido; he dicho mañana y no estoy seguro...

MAR. ¡Si; el peligro pasó de momento!

J. CAR. Si no es que Isabel está en el teatro, en un rincón de la galeria llorando de gozo y esperando que el drama termine para... venir á darte la enhorabuena!

MAR. ¡Tendría que ver! (Ira amenazadora.) ¡eso si que le costaría caro! una escena ridícula; ¡no, de ningún modo; antes... ¡bah! no hay que temer; esos anuncios tuyos no tienen fundamento; el criado me dijo que la dejó tranquila y bien acomodada en un hotel y...

J. CAR. La jugada es como tuya; tú dijiste: ahora á adormecer á la víctima para que no me estorbe; y mañana cuando el peligro haya pasado, la puñalada sobre seguro: ¡Alevosía y premeditación!

MAR. (Atento á los ruidos de fuera y al oir un aplauso.) ¡Aplauden! (Manifestando gozo.)

J. CAR. ¡Sí; te aplauden por lo que dices; ¡si supieran lo que haces!...

ESCENA IV

Dichos y EL CONDE. Aparece en la puerta, digno, pero algo descompuesto.

COND. ¡Señor Rosales! (Entrando y á Mario que se incorpora y

se levanta luego del todo al fijarse en la actitud del Conde.) Deseo hablar con usted.

J. CAR. (Sorprendido y levantándose al comprender que algo grave pasa.) Me retiro...

COND. (Deteniendo á Mario que trata de irse.) No; no, Juan Carlos: usted, puede ser testigo de esta breve explicación; debe serlo, porque es un caballero y un hombre de honor!

MAR. ¡No adivino! (Impaciente.)

COND. (Gesto para imponer calma.) Una broma importuna y desvergonzada, (Marca.) pero providencial, de un desconocido hace un instante en el pasillo, me ha obligado después de cruzar la cara al insolente, á exijirle aclaración de sus palabras; como siempre ocurre, (Sentencioso.) tras de la procacidad impertinente, ha venido la injuria de una revelación en que su nombre de usted!... (Mario hace un ademán de réplica y al punto inclina la cabeza.) Y ahora, su actitud (Exaltándose.) su silencio cobarde, me dan derecho legítimo á llamar á usted canalla, miserable! (Acometida de Mario á quien sujeta Juan Carlos que dice.)

J. CAR. ¡Señores, por el honor de todos! ¡calma! ¡un escándalo!... (Bajo.)

COND. ¡Sí; calma; y guarde (Reconcentrado y frío, á Mario.) esos arrestos para mañana! (Firme.)

MAR. ¡Estoy (Soberbio.) á su disposición! (Aplausos ensordecedores.)

COND. ¡Haré cuanto pueda... por matarle! (Saluda y se vá, encontrándose al salir con el grupo formado por Liañez, el Marqués y otros amigos con Mesa y La Pardo. Todos entran jubilosamente diciendo.)

TODOS. ¡El autor! ¡El autor! (Gran confusión en la que se puede observar con la caida del telón ó con la de la decoración, si se hace mutación y no cuadro aparte, que se llevan á Mario en triunfo hacia la escena interior.)

Cuadro segundo.

Una calle á espaldas del escenario del teatro viéndose á la izquierda del fondo una puerta con mampara de cristal esmerilado y alumbrado por dentro el portal, que se supone es el del escenario: una bomba apagada sobre la puerta: una farola encendida en el segundo término de la derecha. Son las doce de la noche.

ESCENA PRIMERA

GASPAR.

GASP. (Avanzando por el fondo hacia la luz.) ¡Me faltan las fuerzas (Pausa.) y creo que voy á volverme loco de rabia! Ando como un ciego que en toas partes tropieza. ¡Pocas horas, sólo unas horas en este infierno, y ya lo odio con toa mi alma! ¡no sé por dónde voy, ni á qué! ¡Es decir, (Vivo.) sí, lo sé; pero en balde; buscando á Isabel á la ventura! (Sentencioso.) ¡Quién encuentra á una mujer honrá en un pueblo tan grande?... (Pequeña pausa.) huyó hace tres dias del cortijo, y averigüé que había tomao el tren pa Madrí, y no lo pensé más; no me detuvo, ni aun la vergüenza de los celos; no reflexioné en lo triste de buscar á una mujer... que busca á otro hombre ¿qué me importa á mí ná? Isabel aquí, peligra; por eso, por eso corrí tras ella; pa detenerla en el camino si era tiempo; pa estar á su vera si llegaba tarde; sabiendo luego que esta noche era esa fiesta en el teatro, ¡maldita noche y maldita fiesta! y pensando que tóo su afán sería estar al lao de ese hombre, ese ha sido el único rastro que me figuré que podía encaminarme hacia Isabel; y entré ahí (Señala.) y escuché los aplausos y ví á ese hombre tan aborrecío saludar satisfecho y orgulloso; y salí ciego por el corage; quise irme lejos, pero no podía; mis piés se agarraban á las piedras de la calle como

reteniéndome pa que no me alejara de estos sitios: y fuera ya, acechando en la puerta como quien aguarda la muerte ó la vida, he resistio el empuje de mucha gente, de tóa esa gente feliz y alegre que me llevaba contra mi voluntá de un lao pa otro; y he sufrio to eso, porque sospechaba que el señorito Mario, el niño mimao, el rico sin entrañas estaba ahí dentro y quizás Isabel estaría cerca;... ¡esa es mi esperanza! ¡pero inútil, todo inútil! las luces se han apagao; nadie sale ya del teatro que cerró sus puertas! ¡no queda más que esta obscuridá y y esta tristeza, igual que la que llevo en mi corazón! (Sintiendo rumor de voces.) Viene gente.

ESCENA II

Dicho y MARIO, LIAÑEZ, JUAN CARLOS, EL MARQUÉS y varios amigos: luego ISABEL.

GASP. (Viendo á ios que salen por la puerta iluminada; se enciende la bomba del exterior.) ¿Quiénes serán estos? ¡Si por mi suerte!... (Retrocede y se esconde por la derecha: Animación en la salida de dichos personajes: Naturalidad en la acción; unos se van poniendo los abrigos de verano, otros encienden cigarros, etc., y todos avanzan algo hacia el centro de la escena formando un grupo algo compacto dejando á Mario en medio, algo oculto para el público.)

LIAÑ. (Destacándose.) ¡Saludemos la triunfal salida de Radamés que *ritorna vincitor,* y acompañemos á su casa al caudillo!

TODOS. ¡Sí, sí; vamos todos!... (Animación.)

ISAB. (Por la izquierda y fijándose en el grupo y reconociendo á Mario que en este momento dice.)

MAR. ¿Pero á qué molestarse?...

ISAB. ¡Gracias Dios mío; no me engañó aquella buena mujer! (Acercándose al grupo.) ¡Mario, Mario mío! (Pugnando por romper el grupo.)

LIAÑ. ¡Ah pillín! ¡aventura en puerta!

DIP. ¿Qué es esto?

J. CAR. ¡La justicia de Dios! (Tratando de retirar á Isabel suavemente.)

ISAB. ¿Pero no me ves? ¡Soy yo, yo, tu Isabel!...

DIP. ¡No seremos indiscretos! (Ademán de retirarse todos.)

MAR. ¡Si no acierto á explicarme este incidente enojoso!...

ISAB. ¡Mario! (Logrando llegar á él.) ¡Si soy yo, tu Isabel!

MAR. (Reteniéndola á distancia.) (Grave.) ¡Señores, palabra de honor que no conozco á esta mujer! (La rechaza con violencia y echa á andar hacia la izquierda con los amigos.)

LIAÑ. ¡Qué célebre, hombre, qué célebre! (Gesto de burla alegre.)

J. CAR. (Andando ya.) ¡Sí; muy célebre! (Se vá con todos por la izquierda volviendo la vista con lástima hacia Isabel que echa la cabeza atras en actitud de desesperación y luego se oprime el pecho avanzando penosamente hacia la escalinata donde cae rompiendo en sollozos ahogados: á más de estas ligeras indicaciones cabe todo lo que el talento de la actriz quiera hacer. Se apaga la bomba de fuera de la mampara.)

ESCENA ÚLTIMA

ISABEL y GASPAR.

GASP. (Saliendo bruscamente pnr la derecha amenazando con el puño al grupo que se aleja.) ¡La hazaña es como tuya; pero con esta mujer será la última! (Corriendo á Isabel.) ¡Nena, nenita! (Con la mayor ternura y ansiedad.) ¡Isabel!

ISAB. ¿Quién? (Sobresaltada incorporándose.) (Al ver á Gaspar.) ¿Tú? ¿Tú, Gaspar? (Como dudando lo que ve.) ¿Tú aquí? (Levantándose.)

GASP. (Atrayéndola á sí tiernamente.) ¡Sí, aquí; ¿qué te extraña? aquí á tu lao; (Con cariño apenado.) el perro que te sigue; el pobre huérfano recogio de lástima por los tuyos. que hoy te recoge á tí de en

mitá de la calle; pa que tu padre (Emoción.) desde allá arriba (Mímica apropiada.) vea cómo le paga su hijo Gaspar!

ISAB. ¡Madre mía! (Exclamación dolorosa de honda pena indicando que está aún bajo la impresión de lo anterior.) (Casi apoyada en Gaspar.)

GASP. ¿No te lo dije? Yo siempre el mismo: pa quererte, pa sufrir callao, pa defenderte si te martirizan, pa ampararte... si te abandonan; pero... ¡vámonos de aquí! (Movimiento.)

ISAB. ¡Dios mío, qué he hecho yo! ¡qué vergüenza!

GASP. ¡No; eso no! (Vivo.) ¿vergüenza de qué? honrá ayer y honrada hoy; ¡si no fuera así... ni ese hombre (Señala.) estaba ya vivo, ni yo estaba á tu lao! ¿vergüenza de que lo has querío con toa tu alma? (Viendola llorar.) ¡Ven, nenita, ven; (Procurando llevársela.) volvamos allá; á nuestro rinconcito bendecío; á nuestra sierra bordá de flores; esto ahoga; allí, tóo es alegre, iluminao; aquí to es oscuro; allí se vé siempre el cielo, como un manto que nos cubre y acaricia; aquí, entre estas paredes tan negras, cuesta trabajo el verlo... ¡Olvida esa pena que te mata!...

ISAB. ¡Oye, Gaspar! (Reaccionando.) ¡ya sufro menos; mucho menos: ¿á qué llorar? ¿por ese hombre? ¡Si no hay motivo; ¿tú no lo oiste? ¿tú no lo oiste? Lo dijo, sí; ¡no me conoce! (Pena y transición.) ¡Ni yo lo conozco á él!

GASP. ¡Isabel! (Temiendo que se entregue al dolor.)

ISAB. ¡No! (Tranquilizándolo.) ¡Si parece que la vergüenza ha entrao aquí (Señala el pecho.) como una garra que me va arrancando la locura que me tenía ciega; sí, allí, allí!... (Van retirándose lentamante.)

GASP. (Con pasión alentada por los palabras de ella.) ¡A mi lao! ¡Al reposo tranquilo donde está el recuerdo de los que te quisieron y el cariño abnegao de los que te quieren! ¡Aquí no llegarían los besos que

tu padre te manda desde el cielo! ¡Aquí, ni yo podría defenderte! ¡Yo, que te quiero con toa mi alma!

ISAB. Sí, Gaspar; huyamos de estas sombras, para buscar la luz, la verdad y lo bueno, que es (Marcado.) la única, la verdadera dicha!...

(Se van unidos hacia el fondo perdiéndose en las sombras de la noche.)

CUADRO.—TELÓN LENTO.

ADVERTENCIAS

En el prólogo, página 13, línea 13, donde dice *terruños,* debe decir *terrones.*

En el mismo, página 26, línea 15, donde dice *esta noche*, debe decir *esta tarde.*

Precio: DOS pesetas.